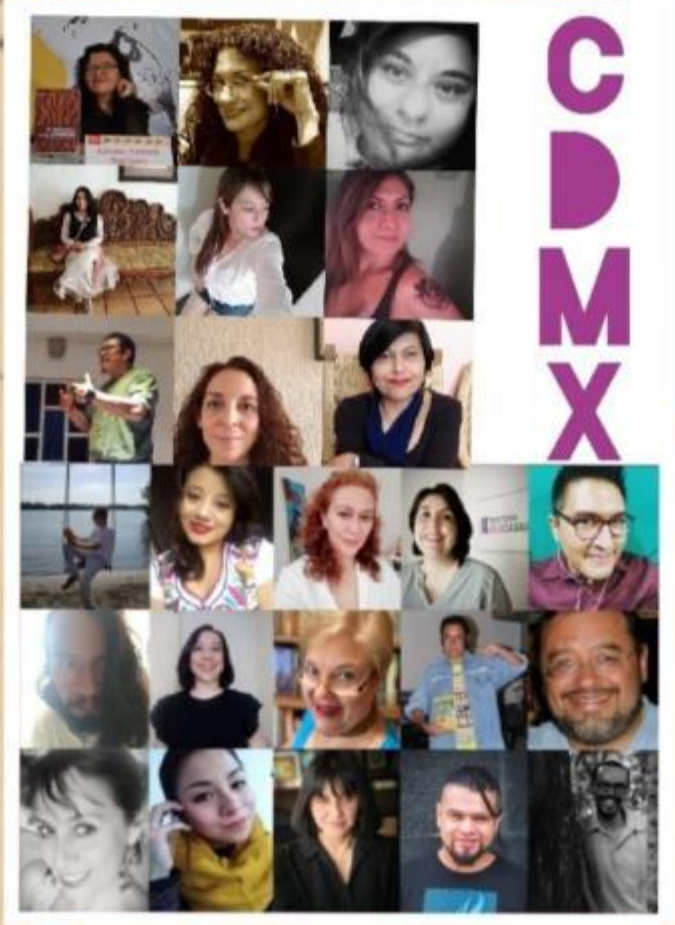




CDMX



Homenaje de literatura
contemporanea

Antología

2021



Muestrario Nacional 2021 - CDMX

Homenaje a la literatura contemporánea

MN CDMX

POESÍA y NARRATIVA



ePub v 1.0

julio 2021

Muestrario Nacional 2021 - CDMX

MN CDMX 2021 4/32

Maya Cartonera ® 2021

Fb: Chepy Salinas Domínguez

Fb: Maya Cartonera

mayacartonera.blogspot.com

Jossesad@hotmail.com

Portada: Chepy Salinas.

Compilación: Chepy Salinas.

Edición: Chepy Salinas Domínguez y E Adair Z V

ISBN digital: En trámite.

Ediciones Ave Azul & Maya Cartonera

aveazul.com.mx

Tw: @aveazulmx

edicionesaveazul@gmail.com

Versión 1.0

Si te gusta lo que hacemos y quieres apoyarnos:

[paypal.me/EAdairZV](https://www.paypal.me/EAdairZV)

Queda prohibida la reproducción total o parcial con fines comerciales, salvo permiso escrito del autor. // *Reproduction in whole or in part by any means without written permission of the author is prohibited.*

ÍNDICE

Tributo a la literatura nacional moderna.....	9
Colectando las voces de hoy.....	10
XIMENA AGUILAR ANDUAGA.....	13
<i>Cambio</i>	14
<i>Viaje</i>	15
LUIS EDUARDO ALCÁNTARA	17
<i>Número privado</i>	18
<i>Confesiones de medianoche</i>	18
SUSANA ARGUETA	20
<i>Camino a mí</i>	21
<i>Piel de Serpiente</i>	22
TZILACATZIN AUACHTLI.....	24
<i>Virus</i>	25
<i>A un lado del crisol de los ejemplos</i>	26
YELENIA CUERVO	28
<i>I - Canto a mis manos</i>	29
<i>II - Canto a mis piernas</i>	29
<i>III - Canto a mis sueños</i>	30
MAYRA ISELA DÁVILA CAMARGO	32
<i>Una mañana</i>	33
<i>Al otro lado</i>	34
EDMAR ESPINOZA.....	35
<i>¿Volver?</i>	36
<i>Que sublime es la absurda lucidez</i>	36
<i>x</i>	37

ADRIAN ESTRADA.....	38
<i>La Chucha</i>	39
OSCAR ALFONSO FUENTES PEÑA.....	43
<i>Mico</i>	44
ADRIANA GRACIA	46
<i>Tumbo inmarcesible</i>	47
<i>La fractura</i>	50
ROCÍO GARCÍA REY.....	54
<i>Hambre</i>	55
<i>La casa</i>	56
<i>Matable</i>	57
ROBERTO HERNÁNDEZ SALCEDO.....	58
<i>Tu imagen en mi mente</i>	59
<i>¿Será el destino?</i>	59
<i>El ritmo primigenio del mar fluye en ti</i>	60
GABRIELA LADRÓN DE GUEVARA	61
<i>Mi barrio</i>	62
<i>Violetas en el pavimento</i>	63
CRISTINA LICEAGA.....	64
<i>La vieja (2015)</i>	65
<i>Acero inoxidable (2018)</i>	67
RICARDO PÉREZ.....	71
<i>El duelo</i>	72
<i>El taller</i>	73
DANIEL R. LEYTE	75
<i>La garganta de la noche</i>	76
<i>Amnesia</i>	77

<i>Ángel intoxicado</i>	78
ROSARIO RAMÍREZ	80
<i>Hilados de seda</i>	81
<i>Río Yamunä</i>	81
<i>Hermandad</i>	82
<i>Serenata gentil</i>	83
<i>La carta</i>	83
<i>El amor ondula en los espejos</i>	84
CAROLINA RÍOS OMAÑA	86
<i>Ritual de la cascada</i>	87
<i>Sal sagrada</i>	87
<i>Fractales</i>	88
ADRIANA RODRÍGUEZ	89
<i>El lugar más terrorífico</i>	90
<i>Correo</i>	92
ALINE RODRÍGUEZ.....	93
<i>Besos de tradiciones</i>	94
<i>Canto a Xochipilli, dios de Xochimilco</i>	94
<i>Yo canto</i>	95
MARCELA ROMN	97
<i>Soplo</i>	98
<i>Un día especial</i>	98
NORMA SALAZAR	100
<i>Catarsis ciudadano</i>	101
GILDA SALINAS	102
<i>Ojalá</i>	103
<i>La montaña</i>	104

Muestrario Nacional 2021 - CDMX

ADRIANA TAFOYA	106
<i>12-39-14 (Maternar)</i>	107

Tributo a la literatura nacional moderna

Para el que escribe, su vida está en las letras, toda las emociones vividas y percibidas las muestra en ellas. Escribimos en la memoria, el papel y en el cielo que cubre la tierra que nos vio nacer. La palabra nos envuelve y nos da vida. Algunos se profesionalizan y son grandes conocedores de la literatura del mundo, otros nos vamos forjando, viviendo la poesía en cada latido y al respirar; porque las letras se mueven de forma vital desde el corazón. Lo indiscutible es que donde el corazón canta, va tejiendo mundos y dejando un legado literario invaluable.

Las letras nos permiten guardar recuerdos, historias y la cultura de nuestros pueblos, igual que las imágenes eternizan los latidos y el tiempo.

Muchas gracias a Ave Azul por la complicidad en los proyectos realizados y los que estamos construyendo. Es una gran alegría presentar a escritores (nacidos o que ya han echado raíz en este bello estado) que son parte de la compilación de Homenaje a la literatura contemporánea que está emergiendo en la República Mexicana.

Dejémonos llevar por cada uno de estos escritores(as) por la magia de cada uno de los estados que estamos disfrutando, soñar con recorrer esas calles, esos pueblos, a quien ellos cantan. Necesitamos inspirarnos para cuando tengamos más seguridad casi como antes del COVID-19, e ir y viajar por la geografía mexicana.

Josefa Salinas Domínguez, 2021.

Colectando las voces de hoy

En esta nueva aventura junto con Maya Cartonera nos hemos propuesto hacer una recopilación nacional de escritores por estado, que incluye a los de nacimiento, que se han radicado o por adscripción, permitiendo que sus voces queden concentradas en una pequeña colección digital que pondremos a disposición de la sociedad. En este ambicioso proyecto, tenemos como aliadas a distintas personas a lo largo del territorio para encontrar, concertar y concentrar la compilación de estas obras. Sabemos que hay muchas más mentes creativas en los territorios, pero nos entusiasma poder exponer desde nuestros proyectos parte del quehacer contemporáneo de la literatura mexicana.

Otro elemento importante es que estas redes incluyen a muchas de las plumas que se han hecho valer desde los foros independientes, por lo que les abrimos las puertas a quienes han desarrollado una trayectoria escritural, aunque quizá la fama y los espacios culturales oficiales no les hayan dado sus dones. De la mano con el trabajo de la escritora Chepy Salinas, Ave Azul se suma a la ardua tarea de construir esta colección, en uno de los proyectos recopilatorios más ambiciosos que hayamos tenido, y del cual nos sentimos orgullosos por el simple papel de mediadores literarios. Todas las mujeres y hombres que estamos contemplando han contribuido desde su concepción del arte, presentando su lenguaje, la viveza de sus tonos y su calidez, para que sea el lector quien pueda conocer a algunos de los artistas que habitan en su propio estado, en el vecino, o en otras periferias.

Esta colección es un tributo a los artistas independientes que se han mantenido en la obstinación de crear por el puro amor al arte, y que va a dejar como legado esta recopilación a lo largo y ancho del territorio nacional. Es un orgullo trabajar de mano con Maya Cartonera para hacer de este sueño una realidad legible y trascendente.

Ediciones Ave Azul, Texcoco de Mora, 2021

Mustrario Nacional CDMX 2021

MN CDMX 2021

Φ Ximena Aguilar Anduaga Φ Luis Eduardo Alcántara Φ Susana Argueta Φ Tzilacatzin Auachtli Φ Yelenia Cuervo Φ Mayra Isela Dávila Camargo Φ Edmar Espinoza Φ Adrián Estrada Φ Oscar Alfonso Fuentes Peña Φ Adriana García Φ Rocío García Rey Φ Roberto Hernández Salcedo Φ Gabriela Ladrón de Guevara Φ Cristina Liceaga Φ Ricardo Pérez Φ Daniel R. Leyte Φ Rosario Ramírez Φ Carolina Ríos Omaña Φ Adriana Rodríguez Φ Aline Rodríguez Φ Marcela Romín Φ Norma Salazar Φ Gilda Salinas Φ Adriana Tafoya Φ

XIMENA AGUILAR ANDUAGA



(CDMX, 1978) Perteneció a diversos talleres y seminarios literarios en la Capilla Alfonsina y en La Casa del Lago. Participó en dos antologías poéticas *Mujeres poetas en el País de las Nubes* y *Manantial de Voces*, así como en el suplemento cultural de la revista *Siempre*. Actualmente cursa un diplomado en creación literaria en la SOGEM.

*“Las historias regresan, las personas regresan
el inconcluso círculo de la vida se repite
el horror, la miseria regresa
el amor regresa
una y otra vez”*

Cambio

DE PIE

en medio del vórtice
en la frontera de lo que ya comienza a ser pasado
contemplo con lástima el inminente cambio.

Pues nada ha de permanecer intacto
vivimos irremediablemente atados
a dejar de ser. Esto, aquello, lo que sea
aunque perfecta como tú
con todas las luces de tu época
y aunque encontrarte fue
el viaje de mi vida.

Deberás someterte a la regla
como el resto de las cosas
igual que cada uno de nosotros
mudar de piel.

En ti será, una mutilación
imposible de evitar
y tanta pena me cause
y me rebele de la absurda norma que nos ata,
no podre protegerte.

Incluso si
te escondo inmaculada en la memoria
no escaparás por mucho.
El tirano conoce todos los refugios
nada podré hacer
para evitar que te hiera.

Viaje

LA CIUDAD completa desciende del cerro
se acomodan las casas en bajada
arriba un cielo espejo de plata
abajo los caminos de luces y piedras serpenteantes.
Aparece al fin la pequeña ciudad abrazada de montañas
en la noche se enciende como pequeños cerillos
a lo lejos emanan una quietud de antes que sencillamente cae.

Hasta aquí traje la niebla, el trueno,
la tormenta, el innoble dolor de la huida.
Miraba el acabose desde el balcón y tú dormías
bajo el agua tu cuerpo encallado se mecía inerte
¿cómo volverás a ti?

Dentro de la habitación el silencio asfixiante
al lado gritos y carcajadas la vida recogiendo las aguas
la cama parecía un inmenso barco
nos balanceaba de un lado a otro sin poder sujetarte
sin poder salvarte.

El pan te espera mi amor
tierno y correoso remojado en café negro
ándate ya por las iglesias churriguerescas
a comprar llaveros o esas canastitas de mimbre
que una viejita vendía y que te enterneció.
Parecerá que nos desvanecemos como otras veces, como tantas
veces.

Φ

LUIS EDUARDO ALCÁNTARA



Periodista cultural, escritor y melómano. Es autor de los libros: *Desfiladero (Microficciones en cascada)*, *Mundanal ruido* y *El festín envenenado*. Forma parte de la *Antología Virtual de Minificción Mexicana*. Ha sido incluido en distintas nacionales y de América Latina. Entre otros reconocimientos, premio El Nacional de Crónica 1991, Beca Edmundo Valadés para Revistas Electrónicas Independientes 2008, y Primer Lugar del Torneo de Historias Mínimas "José Mayoral" 2016. Es colaborador habitual de la revista digital Cultura Blues.

Número privado

SUENA EL TELÉFONO del comedor. Descuelgas el auricular y preguntas.

—*¿Hola? Buenos días ¿quién habla?*

Y del otro lado del aparato: —*Buenos días. Habla Ezequiel. ¿Cómo le va? Yo por aquí, saludándola, desde la frontera con Estados Unidos.*

Entonces recuerdas que no conoces a ningún Ezequiel, ni mucho menos tienes asuntos pendientes en la frontera. Empiezas a dudar. Sigues escuchando:

—*Fíjese que tengo un problema. En la aduana necesito dar mil dólares para que me dejen pasar con unos regalos que llevo para usted. Ayúdeme por favor, madrina Bere.*

Te invade la duda, después, paulatinamente, el miedo. Es una llamada de extorsión. Pero ¿cómo supieron que te llamas Berenice?, y lo peor, ¿cómo saben que manejas dólares?

Cuelgas rápidamente. Por instinto te pones el cubrebocas y sales a la calle. No hay nadie. Tampoco nada quedó registrado en la pantalla del teléfono. Te alivia pensar que no revelaste ningún dato confidencial, pero eso no importa. De regreso a casa, sabes que estás siendo vigilada. Que ya te ubican y que es posible recibir posteriores llamadas.

Ring... Ring... Ring...

Ante la nueva embestida de timbrazos, recuerdas de pronto que en vida te llamaste Berenice, y que tu único pariente en Los Ángeles nunca se enteró del agravamiento por Covid-19. Sigue sonando el aparato, te quitas el cubrebocas y, lentamente, comienzas a dormir de nuevo.

Confesiones de medianoche

NOS LLAMAN LOS GATOS del Centro Histórico. Vivimos escondidos en edificios famosos, esos que la población considera

monumentos. Nadie sabe cómo llegamos aquí, pero eso no importa. Tampoco importan los comentarios negativos acerca de que nos creemos mucho, a diferencia de nuestros compañeros humildes que habitan vecindades, también dentro de la misma zona. Por lo regular salimos de noche, cuando las horas de visita han expirado y los empleados ya cumplieron la jornada de rigor. Subsistimos de lo que logramos cazar, también del alimento que la gente comprensiva deja esparcido en diferentes puntos del inmueble. Nuestra misión consiste en ahuyentar plagas incómodas para la especie humana, como es el caso de cucarachas, fantasmas errabundos, y por supuesto, roedores. En Catedral existen variados ejemplos de esos tres grupos, lo mismo en el edificio del Ayuntamiento, el Palacio de Minería y hasta en Correos. Yo vivo en el Museo del Estanquillo. Por la noche he llegado a toparme con el fantasma del escritor que donó las colecciones que alberga el sitio. Le observo deambular arrobado de un piso a otro, mirando las fotografías que con tanto trabajo logró juntar durante décadas, lo mismo carteles, libros y muchísimos otros objetos, como revistas. A cada vistazo el hombre denota signos de profunda satisfacción. Si por casualidad quedamos de frente, a veces me acaricia con sus manos yertas. Con él no tengo problema, permito que lo haga, inclusive, ronroneo satisfecho, lleno de melosa complicidad, con la piel erizada desde la punta de la cola hasta el último de los bigotes, como acostumbraba hacerlo antes, hace casi medio siglo, cuando aún gozaba de mi última vida.

Número privado fue publicado en la *Antología del Nuevo Cuento Latinoamericano*, Fela Ediciones 2021; y *Confesiones de Medianoche* en la revista *Polisemia*, octubre-2020.

Φ

SUSANA ARGUETA



Poeta, cuentista, escritora, cronista, conferencista, fotógrafa. Dedicada a la labor docente por más de 30 años. Miembro activo del Grupo Cultural Occeg y la Comunidad Literaria Poesía en Órbita (poesiaenorbita.com). Participa de manera activa en encuentros poéticos y literarios nacionales e internacionales, coloquios y lecturas de poesía. Ha colaborado en la producción de materiales educativos digitales para radio y televisión en línea en el proyecto Dgest Media de la Dirección General de Educación Secundaria Técnica en la Ciudad de México. Ha coordinado y colaborado en eventos presenciales y virtuales en distintas sedes, tales como el World Festival of Poetry y el 3er. Expo-coloquio Internacional Virtual “Pretextos del Solsticio”.

Camino a mí

ME QUITÉ el vestido
y el tiempo
quedé desnuda ante tus ojos
viento frío de la mañana
miraste mis indolencias
resbalando rojas
y azules
y negras
me quité las ganas
hui de mí
y de ti
y de todos
me quité el sexo
y miré mi cuerpo ajado
triste
doliente y mudo
me quité los pies que duelen
los callos y los hongos
arraigados con los pasos,
sinsentido
me quité la palabra y la voz
abandoné la poesía
la dejé junto al camino de girasoles
perdida, encontrada y germinada
quité los lienzos de mis tristezas
y pinté el cielo de noche, luego de día
con lluvia
y con sol

hice amasijo de tendones
y dolió
se apretujaron
crujieron
se desmoronaron
cedieron
me quede sin nada
dormida
en el camino a mí misma

Piel de Serpiente

I

DEJO QUE EL MUNDO arda
y me hundo
en el silencio líquido de mi esencia;
escribo,
uno por uno,
los negros símbolos de mi origen lejano.

II

Todas las letras son iguales:
ya no dicen nada,
se desmoronan
entre la muerte y el asombro.
Estoy varada.
Soy el limbo,
entresuelo entre un mundo
y la nada

ser que ya no es.

III

Un párpado cerrado
trasmina escarlata:
luz incierta
balbucea;
suelta la serpiente su vieja vestidura,
relumbra la tierra;
no soy más yo
translúcida
miro a través de mis manos
puestas frente a mis ojos:
es un ocaso falso;
soy más que aire,
transpiro eternidad.

Φ

TZILACATZIN AUACHTLI



(Fernando I. González A) Señor de letras chuecas, nacido en una revolución. Orador imperfecto y ágil, encornador de versos incendiarios, un vil interprete del amor de Dios que ni siquiera es capaz de pedir permiso para entrar por los ojos y el corazón de sus lectores, rebelde, inoportuno, transgresor de la metáfora, con flechas cargadas de fuego que siempre intentan dar en el blanco, eterno lector empedernido, y espectro poseído por la seducción interminable de la letra, estudiante eterno de filosofía y poeta víctima de la poesía y su cálido abrazo transformador y adictivo.

Virus

Y ENTONCES se cerraron las puertas del mundo, pero el miedo ya se había instalado en el rincón más frágil de sus habitantes y sus interrogantes. Salieron a conseguir comida, las pocas serpentinatas de colores para matar un hambre que ya de por sí es un hambre familiar y cotidiana, con lo limitado de esa vieja falda que la pobreza arrastra por donde ondea sus precariedades y sus afinidades, salieron los dos tomados de la mano, sin saber que ese primer paso fuera de casa, sería el embarazo de una realidad que los abortaría apenas en las primeras horas de esa imprevista gestación, Alma tiene 79 años, Benigno alcanza los 83, siempre han sembrado y como han podido han arrancado de la pureza de la tierra la pulpa de las mordidas que fincan su alimento, sus pasos son lentos pero continuos, su voz es escasa, quizás mágicamente, básicamente la necesaria, Después de ir al centro del pueblo, un pueblo mágico repleto de turistas extranjeros, Benigno comienza a toser, se le ve un poco más lento y agotado, Alma lo observa con serenidad y un incansable brillo en la mirada mientras se amarra las enaguas y se recuesta cálidamente a su lado. Los noticieros comienzan a difundir las apremiantes noticias, de las hordas de infortunados que la muerte abraza, los titulares vomitan escabrosos escenarios llenos de probabilidades, análisis, documentos técnicos, investigaciones científicas, visiones esotéricas, cartomancias, mensajes del universo, profecías, conspiraciones, percepciones ultra-sensoriales de iluminados, contactados extraterrestres y demás aperitivos posibles para el voraz hocico irrefrenable de lo que simplemente se está transformando, pero que Alma no sabe y Benigno tampoco. Alma sólo sabe que mañana la espera la visión ígnea del fogón y el laberíntico hipnotismo de su telar, y Benigno mientras suda a chorros por la fiebre que tiene, sabe que al despertar empuñará su machete para trabajar la siembra y llevará a pastar a sus animales a lo profundo del campo, Las semanas transcurren y el brazo de la muerte se hace más largo, la humanidad se defiende tímidamente pretendiendo vivir como humanos, las bestias oportunistas comienzan a ponerle precio a la desgracia, los hijos del rey midas se escandalizan bailando la danza de los desquiciados, Los herederos de la ciencia se sienten desamparados,

y el caos nos muestra por vez primera la carcajada más moderna de su burla, curiosamente y como un aborto del destino en la radio se escucha la canción, “el microbitito” del grupo Fobia, Para entonces en la choza de Alma y Benigno el tiempo se ha detenido, ahora los dos están en malas condiciones, pero en sus mentes solo existe el pensamiento de continuar viviendo su cotidianidad de campo, ellos no saben ni entienden de microorganismos, virus, bacterias o “bichitos”, en su comunidad no hay internet, ni tele, ni teléfonos satelitales o celulares, ellos viven en una burbuja que aísla sus mentes de la podrida modernidad que los olvida, Sigue pasando el tiempo y la muerte ahora parece pulpo, por aquí y por allá arrebatando ciudadanos de diferentes lugares, de diferentes alcornos, de diferentes pasados y de diferentes porvenires, para entonces Alma ya se puso de pie otra vez y Benigno alegremente trae a casa cañas de azúcar y elotes, entonces como una revolución de instintos, Benigno besa a Alma, mientras el café hierve sobre el fuego y mientras el petate se enaltece orgulloso al vestir la cobija que las manos de Alma se regaló a sí mismos para cubrir sus cuerpos.

A un lado del crisol de los ejemplos

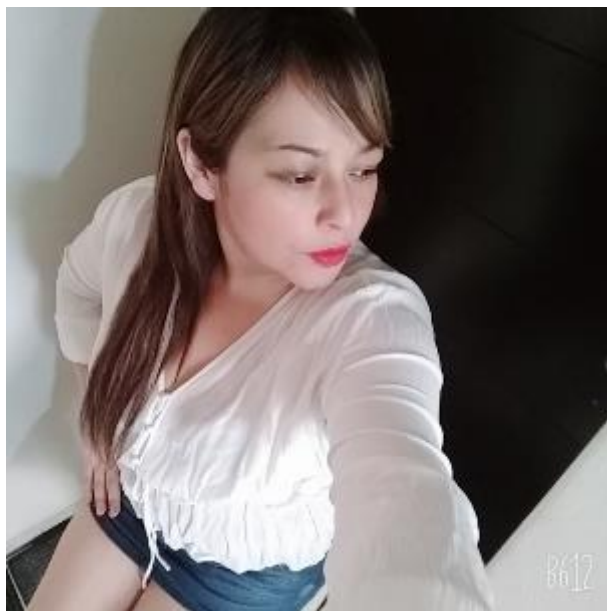
NACIERON de la lengua de una raíz de eucalipto, eran azules con ojos de obsidiana y piel de ámbar, ella particularmente tenía un cálido rubor en el centro de su color más encendido, cuando se vieron, él la invitó a mezclarse con el viento, a pintarse el cabello de noche, a colgarse estrellas alrededor del cuello, a amamantar de miel las bocas de las cavernas, los brazos de él eran de humo, un humo indescifrablemente transparente que surgía de los incendios de su vientre y de las llamaradas de sus muslos, a ella le gustaban los sonidos que él le escondía en su cuerpo, sonidos de llovizna para sus entrañas, sonidos de huracán para su espalda, sonidos de mar para su ombligo, y ella a su vez le regalaba a él, el sueño de su cabellera de orquídeas y el aliento de su garganta agitada y dormida. Eran solemnes, ante los ojos de lo divino y ante los ojos del nacimiento redimido, eran de fuego y agua, de tierra y viento, y eran olvido, olvido que se esconde debajo de la tierra, olvido

mineral de una cuna de semillas, olvido maternal de un cuenco de diamantes. Ella lo miraba por en medio del vuelo de los unicornios, por detrás del embarazo de las piedras, por delante del altar de los presagios, y a un lado del crisol de los ejemplos. Así eran y así fueron cuando decidieron seguir siendo, porque son y no son al mismo tiempo, se crean y se destruyen en ese mismo instante, el instante que luminosamente les peina el pensamiento, fue en ese momento que él se quedó dormido y ella desnudó sus pétalos para despertarlo aun dentro del sueño, el tiempo se tomó un respiro eterno, y la luz se quedó atrapada en su propio estallido. Los conceptos se miraron totales, los anhelos se exhibieron reviviendo, y el pensamiento enmudeció en medio del cantar del sol. Hasta ese punto, la risa del cosmos sólo los contemplaba jugueteando en su nido, hasta que un día, mientras él coloreaba el mar de espuma y olas, ella dejó caer una lágrima sobre la blanca arena que estaban pisando, y apareció de pronto un niño abismo, una barranca dulce pintada de praderas, y una flor inocente jugando con los atardeceres, y a él le encanto el llanto de ella y los dos lloraron porque así debe ser el pilar de su sustancia y los dos se dieron cuenta que sus lágrimas también son madres, también son úteros llenos de enjambres y rugidos, y los dioses se sorprendieron con estas creaciones y empezaron a buscar nombres para estos verbos, para estos encuentros, para todo lo vivo que aparece en sus actos, para todos los motivos que se forman alegres en la fila del destino, y les llamaron hombre a él y mujer a ella y le llamaron fe al aprendizaje, y fue su nombre caricia cuando los veían juntos, y al canto de su pecho le llamaron latidos.

FerIsrGonApa. Sr Periletro. Tzilacatzin Auachtli. DR. ISBN.

Φ

YELENIA CUERVO



(CDMX). Estudió la carrera de filosofía y el posgrado en estética en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Maestra en filosofía y medios de comunicación por el Instituto Salesiano de Estudios Superiores (ISES). Doctora en cartografías del arte contemporáneo por el Instituto Nacional de Bellas Artes y Literatura (INBAL). Cursó el diplomado en creación literaria en la SOGEM. Ha publicado el poemario *Variaciones de una certeza* (Abismos, 2017) y ha colaborado en las antologías: *Abanico de bosquejos* (Albatros, 2004), *Nueva poesía Hispanoamericana* (Lord Byron, 2005), *Arte maestr@. Jornada cultural y artística* (SNTE, 2005), *Cuentario* (Resistencia, 2005), *Manual de autocuidado para mujeres en libertad* (Ediciones Zetina, 2018), *La fiereza de lo amado* (Fridaura, 2018) y *Campanas del brezo* (Ave azul, 2021).

I - Canto a mis manos

*Me festejo y me canto
y lo que yo asuma tú habrás de asumir
pues cada átomo mío también es tuyo.
—Walt Whitman*

UNOS DICEN que la masturbación es el acto más noble
el más suave de la dulce calma.

Otros temen consumirse,
inaugurar un pacto del que ya no escaparán.

En algunos cuerpos surge de la pulsión
o de un corazón solitario.

A veces nos abriga en una noche de estrellas
otras tantas, nos repliega en el agua:
caricias infinitas de un ensueño.

Lunas que se tienden a nuestro ritmo
evocaciones del deseo...

Pero yo sólo canto a mi ser con las manos
ésas, que ya han ahogado a todos mis amantes.

II - Canto a mis piernas

*He oído lo que hablan los habladores. El hablar del principio y del fin.
Pero yo no hablo del principio ni del fin.
Nunca ha habido más comienzos que hoy.
—Walt Whitman*

YO MISMA ME INVOCO y me desarmo
abro mis piernas en una breve exhalación
toco mis muslos con tibieza,

lanzo aullidos de enorme aliento,
castro los oídos de mis padres
y luego río, o luego lloro.
Y mis lágrimas invaden al cielo
encarnan la delicia,
hacen nuevas estrellas.

Sin inicio ni final
un riachuelo transparente me recorre.
¡Es la hora del desayuno!

III - Canto a mis sueños

*Quédate conmigo este día y esta noche y poseerás el origen
de todos los poemas
—Walt Whitman*

ME GUSTAN LOS SUEÑOS húmedos
aunque yo no despierte mojada.
Yo creo la lluvia despierta
infiltrada por la sangre.
Me gusta interrumpir la noche
para frotarme con placidez,
desvirgarme sin sábanas ni artificios.

No pienso en nadie
y a veces sí,
imagino tu barba hundida
en los misterios,
pero pronto te exilio para quedarme sola,
saciarne,

revolcar al colchón,
hacer presencia.

Φ

MAYRA ISELA DÁVILA CAMARGO



(CDMX). Licenciada en Psicología por la UNAM. Diplomada en Prevención de las Violencias por la ENTS-UNAM. En su formación profesional se encuentra la docencia y actualmente funge como psicoterapeuta y psicopedagoga para la primera infancia. Apasionada de la lectura y la escritura, de los viajes y de la música. Plasma en sus escritos (generalmente relatos o poesías) algunas experiencias de vida, así como aquello que contempla como modos de expresión.

Una mañana

LAS HORAS ANTES del amanecer tienen un aroma dulce: una mezcla de perfume y clorofila se percibe en el corredor. Miro al cielo como si no hubiera mañana y veo la constelación de Virgo; recuerdo bien, era la casa regente el día que nació mi hijo y la cual pintamos en el techo de su habitación siendo visible al apagar la luz: destellos fluorescentes que en un parpadeo y en medio del silencio me fundían con las estrellas.

El agua se desliza por mi cuerpo y sigue su camino junto con mis pensamientos. Miro el reloj: media hora para partir. La humedad de mi cabello me recuerda el sabor de la serenidad. Pongo mi canción favorita, al menos en ese momento, bailo un poco, me miro al espejo y simulo estar cantando a todo pulmón. Es la hora de salir.

En el trayecto mientras permanezco sentada en el vagón tomo mi libreta, vuelvo a escuchar música y escribo. Delante una mujer clava su mirada en la pluma. Escucho una voz que dice *Adelante*.

Se pintan líneas sobre las hojas: una, dos, cinco estaciones, la pluma se detiene y golpeo rítmicamente con el tapón sobre la cara de la libreta. Llegan más palabras después de la pausa.

La mujer duerme arrullada por el vaivén de la marcha. Llego a mi primer destino y me sumerjo en la corriente de pasos acelerados, al fin desemboco en aguas más tranquilas. Miro hacia la copa de un árbol y veo un colibrí sosteniendo su vuelo, moviéndose a la izquierda, hacia adelante y regresando al centro. Luego escapa. Regresa la voz ahora con el verbo *Vive*.

Inmediatamente tomo una bocanada de aire y sigo mi trayecto, hago una pausa en un parque, advierto el aroma de la tierra húmeda gracias a la lluvia de anoche y veo cómo pasan muchas cosas alrededor: personas corriendo por los circuitos, otros paseando con sus perros o conversando, todo parece estar en armonía en ese lugar, quizás sea el efecto provocado por la naturaleza o quizás sea el lente con el que se mire. Cierto es que en medio de todo lo que acontece hay miles de historias, de realidades y perspectivas que conjugan el arte de vivir.

Al otro lado

ES EL SEGUNDO mes del año 2021, Esther y Carlos se acompañaban como de costumbre al trabajo. Durante el trayecto iban conversando y haciendo planes para la noche. Al llegar a la estación del metro se despidieron con un beso–cubrebocas puesto. Cada uno se dirigió a una dirección distinta.

Ambos tuvieron la oportunidad de verse nuevamente del otro lado del andén, ella le dijo adiós con la mano y él respondió. Era su ritual de todos los días. Al cabo de unos segundos el tren que estaba del lado de él llegó y los cubrió, por un momento se perdieron de vista. Poco después llegó el tren del lado de ella.

Los vagones en que se encontraban ambos les permitieron quedar cara a cara divididos por el cristal; decían nuevamente adiós, quizás esto duró un minuto. Adiós decían sus manos. Con la boca cubierta, en sus ojos se alcanzaba a leer la esperanza de reencontrarse para concretar ese plan que habían acordado. El tren de Carlos marchó, segundos después anunció la marcha el tren de Esther. Adiós -pensaba ella- alargando su despedida. Luego, sacó su celular, encontró un lugar y continuó su camino.

Amantes de este siglo XXI, en estos tiempos de crisis mundial y sanitaria: encontrando nuevas formas para decir te quiero, acercándose en la distancia y añorando la calidez de un beso de despedida.

Φ

EDMAR ESPINOZA



(CDMX). Nació en la Ciudad de México el mismo año en el cual murió su autor favorito: Juan Rulfo. Un accidente en la preparatoria lo llevó a permanecer internado en una clínica del IMSS por una semana, lapso en el cual leyó su primer libro de poesía; esto lo animó a adentrarse en la literatura. Desde entonces es un íntimo lector, un discreto escritor y un entusiasta aprendiz.

¿Volver?

AL BRILLO DEL AGUA

o al asma de la ceniza

tal vez

al lujo del cobre

o al juego de la palabra.

Recuperar

el apocalipsis del mito

y la fuerza del sol

regresar

al día más antiguo

para destinar nombres

imaginar

dimensiones galácticas

ceremonias interminables.

Volver.

Que sublime es la absurda lucidez

LO IDEAL ES ir más abajo

escarbar una porción inmensa de sonidos

absorber experiencia de todo lo que contenga vida

desgarrar la forma esotérica de la luz

adoptar la soledad mutable

untarnos el deseo hueco que nos llevó a fraternizar.

Lo ideal es sentir la costumbre en donde ya no hay delirio

calcular el resultado exacto de nuestra muerte
frenar el tiempo que se desliza hacia abajo
gotear en moléculas la forma a la que llamamos “nosotros”.

x

TÚ Y YO

somos eternos

porque no existimos

existencia más existencia

siempre es nulidad

sólo somos hilo sin ser tejido

una palabra que un niño balbucea

eso que se aferra a la vida en la agonía

un eco

una estructura que cae

dos partículas que intentan ser un elemento

y en este intento. Somos.

Φ

ADRIAN ESTRADA



(CDMX). Actualmente vivo en Pijijiapan, zona pesquera y ganadera en Chiapas. Médico de profesión, actividad a la que me dedico actualmente, pero saliendo del consultorio me dedico a las letras, pues estudio actualmente Lengua y literatura. Cada que puedo, y se me abre la oportunidad, fomento la lectura; esto lo hago en el lugar en que vivo, principalmente con niños y con la ayuda de amigos y del Fondo de Cultura Económica del que estoy inscrito en su Programa de fomento a la lectura. Escribo recientemente, es algo muy nuevo para mí, como la necesidad de contar las historias que pasan en mi región, para que los demás las conozcan, para que los demás sepan que todo esto existe, también por eso me metí a estudiar, porque lo quiero hacer bien y pues mi inspiración es eso, mi comunidad, anteriormente tomaba fotos, lo sigo haciendo, pero como que eso no me bastó, ahora lo hago desde esta expresión que es la literatura.

La Chucha

NO ES LA PRIMERA VEZ que alguien me viene a entrevistar por algo que haya pasado por aquí, hace como unos tres años, cerca de la vía, aquí enfrente pues, mataron al hijo de don Javier; le dieron sus tres balazos y ahí quedó en el patio de don Chente Urbina, lo malo que ahí estaban los niños jugando y lo vieron todo, a esos cabrones les valió.

Pero a lo que viniste pues, a la Chucha ya le decían así cuando llegó al ejido, era de los hondureños que iban pa'l Norte, a la Chucha lo estaba pasando el coyote por el mar, creo que le dan una lana a la marina para que los dejen pasar o no sé cómo está la movida, ellos se entienden. Se tuvo que quedar varado unos días por acá, hubo una temporada como que el Coyote no podía pasar migrantes y se quedaron un tiempo aquí, la Chucha de plano ya se quedó.

Qué conste que no le vas a decir a nadie que soy yo la que ando rajando, pero si no te lo digo yo, al rato vas a ir a preguntar con aquellos y ni te van a contar bien cómo estuvo la cosa.

Ya te digo pues, una vez que se quedó varado contó a la plebe que se quedaría unos días en lo que las cosas se calmaban, pero se quedó uno siete años hasta que ocurrió la desgracia. Los primeros días la Chucha se fue a trabajar con el patrón de mi marido a la ordeña, buenas chingas le metían, tenía que estar en el rancho a las cuatro y media de la mañana y salía a las ocho de la noche, si bien le iba. Pura gente de fuera trabaja en ese rancho, no sé por qué, ni siquiera pagan bien, las pocas veces que platicué con la Chuchita fue porque venía acá a la tiendita a comprar su jumbo o unos bolis, era de pocas palabras, pero un día me preguntó si sabía de algún otro trabajo, fue entonces que lo mandé con don Alejandro el del restaurante.

A mí se me hace que este verga fue ahí, en el restaurante, donde comenzó a escuchar eso de la pesca del tiburón, los pescadores llegan donde don Alejandro a echarse su coctel de camarón y sin duda más de uno le platicó algo, le sembraron la idea que mar adentro le iba a ir mejor con don Rosendo, que es el jefe, que de tiburonero sacaría más paga y con los otros negocios que se hacen

mar adentro, que no tenía nada que ganar y mucho que perder, bueno es lo que a mí se me hace pues.

Rosario, un cacique del pueblo, de aquellos que se creen dueños de todo y de todos, llegó al restaurante, él quería que se supieran de memoria lo que iban a pedir, los empleados que tienen más tiempo ya saben y le sirven lo de siempre, esa tarde le tocó servir a la Chucha y como era nuevo no sabía, esto hizo encabronar al tipo y de pendejo no lo bajó, lo que cuenta don Alejandro es que también le tiró el vaso de refresco de limón en sus pies, tenía que ser de naranja. Esa misma tarde abandonó el lugar y fue a hablar con don Rosendo y ver si había un lugarcito para él con los tiburoneros.

Don Rosendo, que en realidad ni se la pasa aquí, ese día para variar no estaba, de hecho, nunca lo conoció, ni yo lo conozco y eso que esa que ves allá enfrente es su casa. El Chaneque, el encargado, le dio el trabajo, primero como acompañante en las embarcaciones, acomodando las atarrayas, revisando las líneas para los curricanes, calando los motores, llenando los tanques. Aprendió rápido y al poco tiempo ya llevaba la lancha. A los pocos días el Chaneque, que es la mano derecha de don Rosendo, ya nada más le gustaba salir con la Chucha.

Te voy a decir algo, los tiburoneros no sólo pescan tiburones, también pescan chato, pescan raya, pero también van pasando indocumentados, van entregando fayuca a otras embarcaciones, gente secuestrada, ganado robado, ¿de dónde crees que traen tanta droga, pues?, y si no te pones chingón ahorita te agarran y también te llevan y te pasan en la lancha.

Aquel nueve de marzo la Chucha y el Chaneque salieron a pescar. La plebe ya les había advertido que aguantaran un día más para salir, las nubes en los cerros se veían bien puestas para que saliera el norte, pero les valió madre. Lo cierto es que esa tarde entregaron la mercancía y a los socios no les bastó con eso, les quitaron su motor de 150 caballos de fuerza para revenderlo ya que estaba nuevo, dejando a la deriva a mis vecinos, y como lo habían pronosticado, al ratito salió el norte.

Los pescadores del ejido van al día, salen por la noche y regresan por la mañana, se conforman con lo poquito que van ganando, los

que no andan en cosa chueca pues. Esa mañana ellos no llegaron, dos semanas antes los hijos de don Chente no llegaron tampoco, pero los encontramos por Mapastepec a las tres semanas, en cambio la embarcación de estos cabrones no aparecía, por más que los buscamos, por más que nos ayudaron los lancheros de Tonalá y de Mapa, por más que los del ayuntamiento nos apoyaron con gasolina para los motores, ni rastro.

Aquella tarde en que el huracán tocó tierra perdimos toda esperanza de encontrarlos, habían pasado ya cuatro meses. La verdad es que para ese entonces ya nadie hablaba ni de la Chucha, ni del Chaneque. Ya ves que la Chucha ni es de aquí, el papá del Chaneque ya se había ido a trabajar a Tijuana y su mamá andaba muy enferma, así que se la llevó el otro hijo a México.

Pasó como un año o pasadito, cuando voy volteando a ver la tele que tenemos en la tiendita va bajando de un avión un señor todo peludo con barbas rojas por llevar tanto sol descendiendo de un barco, era la Chucha, lo habían encontrado cerca de una isla de Nueva Guinea. ¿Viste la nota, lo que dijo, le creíste?, comentó que sobrevivió gracias a que se alimentaba de las tortugas que se acercaban a la embarcación, que de repente también podía cazar aves y las devoraba. El Chaneque no resistió y a los pocos meses del naufragio murió, y como fue su última voluntad fue arrojado al mar, esto fue lo que salió en la tele pues.

Yo no sé qué ganas de andar escribiendo la historia de la Chucha tienes, ya está en el documental pues, bueno, esto que te voy a contar no está, algunas cosas pues, pero ahorita, te voy a revelar algunas que nadie sabe y más vale que te repita que no le digas a nadie que estoy de hocicona.

La Chucha se hizo famoso de un día para otro, después de la rueda de prensa no paró de hacer entrevistas, lo único que quería era regresarse a su pueblo para ver a su mamá, pero fue más fácil que su mamá fuera a verlo a México, y así fue, la única oportunidad que tenía para respirar era tan sólo para prepararse y dar otra entrevista, se lo llevaban a Estados Unidos y el mismo día ya estaba de regreso. Iban a hacer hasta una película de esa aventura, pero no se arreglaron con la madre del Chaneque que le gustaba mucho el

dinerito, ni porque ya está muy enferma y parece que no le queda mucho tiempo, pero bueno, quién es uno para juzgar.

Cuando estaban haciendo el documental y trajeron a la Chucha al ejido, para que dijera cómo estuvo la cosa, de dónde se embarcaron, cómo es el ejido y todo lo que ya viste en el documental, vino a vernos, se quedaba aquí en la casa, no se quiso quedar en el hotel del pueblo, ya sabes cómo son de mamones ahí....

En esa ocasión fue que nos contó otra versión, aun no sé por qué, se me hace que se quiso quitar un peso de encima, ¿dices que tus lectores no van a reconocer lo que es real de lo que no lo es, verdad?, ahí te va. La Chucha dice que Chaneque murió a los cuatro meses del naufragio, podían pescar, pues las atarrayas estaban rotas, pero llevaban hilo y carrete para poder reparar y llevaban bastante, esa era costumbre del Chaneque, así que sobrevivieron mucho tiempo del pescado y del camarón, es pura proteína pues, cuando las redes eran irreparables y ya no podían pescar, ahora si ya no podían con el hambre.

Otra costumbre del Chaneque era la de llevar pistola, la cual no utilizó cuando les quitaron el motor, pues se iba a armar la grande con don Rosendo si en aquella ocasión del motor terminara en muertos. El que sí la utilizó fue la Chucha para matar a su compañero de un balazo en la mera morra. Con el machete que es costumbre y necesidad de todos los lancheros llevar uno lo abrió en canal, tal cual se abre un pescado, le sacó las vísceras, lo limpió pues, como a las mojarras, todo muy cuidadosamente sin mallugar la piel y los músculos, a los músculos largos los fileteó pasándolos por el agua con sal tendiéndolos al sol improvisando un tendedero con la línea del curricán como si fueran trozos de cecina, de esta manera conservó la piel y la fue comiendo de a poco. Lo que sí hizo con las tortugas y aves que se acercaban a la embarcación, que eran pocas, era sacarle los ojos y comerlos, de esta forma se mantenía hidratado. Así fue como la Chucha sobrevivió.

Pues a mí se me hace que la mamá del Chaneque sospecha que a su hijo se lo chingaron, por eso no da el derecho para la película, ¿tú qué dices?

Φ

OSCAR ALFONSO FUENTES PEÑA



www.tolaxotl.com Youtube: Tolaxotl Facebook: Salman el Magnífico
Facebook: TAT oscar.fuentes.pena@gmail.com

(CDMX, 1985). Licenciado en Estudios y Gestión de la Cultura por parte del Claustro de Sor Juana. Se ha desarrollado en humanidades como arte plástico, literatura y gestión cultural. Actualmente organiza eventos literarios y exposiciones. Escribe poesía, ensayo y cuento. Tiene una cápsula literaria semanal llamada “Derrame cerebral” en El Matraquero radio comunitaria (Tonalá, Jalisco). Tiene publicado el audiolibro *¿Por qué me has abandonado?* (BandLab, 2020) y *Espectroscópio* (2015). Interesado por el rock, arte y filosofía (especialmente Gilles Deleuze), el folklore y lo urbano. Gestionó las exposiciones colectivas *Luz y oscuridad* (2018) y *Mi piel negra* (2019), Museo del policía. Ha participado en las exposiciones: *Seres Bestiarios* (2017); lecturas: Festival Octubre negro (2020), Museo Universitario del Chopo (2019), Foro Hilvana (2019), Centro de las Artes Vivas (2018), FILZ (2019) y Feria del Libro de Minería, entre otros; además de exponer con Inmanencia en CDMX.

Mico

LA RISA DEL MICO me mordía los tímpanos
Intenté contener la caricia, disimular la sonrisa coqueta
y arrastrar el tono lascivo de mi voz

Camisa de once varas el numerito romántico que monté con velas
vino tinto y un plato al centro con variedad de carnes crudas

Me comporté a la medida
Risa boba, chiste estúpido y mi cara de pendejo

El parpadeo de la dopamina en sus ojos

Cuando ella elegía con el palillo la carne blanda que momentos
antes sus ojos saboreaban yo mordía el veneno de mis palabras
enfaticando el reflejo de la luz que derretía la vela sabor mango

Mis colmillos tenían sed
y estábamos sentados a la distancia de un beso y por dentro mi
fuego erguido se abría paso deseando lamer sus labios

Llegamos a su casa y condescendiente me permitió arrastrar las
cadenas de Alicia

Nos reíamos en el interminable amor escarlata de otra botella de
vino

Y de las risas y los besos pasamos a fajar y lubricar el apetito de la
supervivencia

Fue entonces cuando confirmé que el chango sí estaba mojado. Y
mi olfato se dejó llevar por la fragancia de ese cuerpo desnudo

Una noche más en que dos espíritus intercambian el aliento de sus
marejadas

A los infiernos

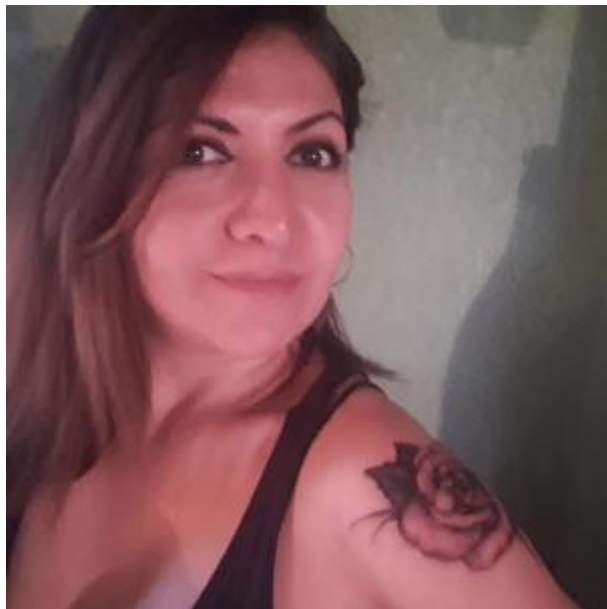
bajamos con gusto los que por una manzana damos sentido a las
pulsaciones del peligro

Frutos maduros de tiempos sin principio en que el chango sonreía
libre

En la ciudad yo salgo a estirar las alas en una noche que me hace
considerar la pertinencia de sumergirme en ese mar para que
crezcan las raíces en la tierra mojada que pisé hace algunas horas

Φ

ADRIANA GRACIA



(CDMX). Poeta y narradora. Egresada de la Escuela de escritores de la Sociedad General de Escritores de México (SOGEM). Ganó el Premio Nacional Valladolid a las letras 2010 con la novela *Vidas Baldías* (Horson, 2011; Viceversa. 2017). Segundo lugar del Premio Nacional de cuento corto “Las lunas de octubre” Cuautla 2017. Ha publicado en la antología tributo a Sabines *He aquí que estamos todos reunidos* (Fridaura, 2010) y *Después del azar* (Eón, 2008). Imparte cursos y talleres de Creación literaria y Escritura creativa para músicos.

Tumbo inmarcesible

NACÍ EN UN JACAL dispuesto sobre las piedras calientes del monte Tepetzinco. Allá, dónde clareaban marrones madrugadas en los tiempos calurosos. Mi padrastro me vendió como se venden las mulas de carga a una familia de altos vuelos que vivía al sur de la ciudad. Mi madre, moribunda de fiebre en el sexto parto, no alcanzó a ver mis cajones vacíos de ropa cuando me sacaron a la fuerza de la casa. Tuvo que haber muerto pronto, me lo figuro, de lo contrario hubiera molido la tierra con sus pasos hasta dar conmigo.

A los trece años mi cuerpo conoció la exaltación de un hombre, que le pagó a mi padrastro con un barril de pulque mientras mi madre vendía sus hilos allá lejos a la sombra de un amate. Ella nunca lo supo, su marido me calló la boca al enseñarme su cuchillo. Sin proponérmelo, encontré la forma de evitar la vendimia de mi cuerpo con el tercer cliente, cuando por miedo me oriné sobre él, que ya había pagado con una funda para machete hecha con cuero de caballo. Al cuarto cliente le hice lo mismo, y al quinto y al sexto también, pero ya a propósito. Me gané los azotes de mi padrastro porque entre sus compradores se corría el rumor de que yo era una chamaca asquerosa que me hacía en la cama, y el negocio se le vino abajo. Fue entonces cuando decidió venderme para siempre.

Llegué a la Hacienda San José vestida de hilachos y con el alma descompuesta. El patrón, hombre de consciencia lóbrega, teñía sus asuetos con el mismísimo color que sus pensamientos. Ya conocía la forma en que mira la bestia. Y así me miraba él cuando a propósito se quedaba cerca de donde yo restregaba los pisos. Nunca llegó a tocarme porque aprendí en verdad a ser sucia. Me bañaba una vez a la semana y cuando sabía que él salía al centro de la ciudad a realizar sus trueques. Entonces sí que me daba vuelo con el agua de la pileta y los jabones olorosos que nos regalaba la patrona. Mujer buena pero estrecha, que nomás le alcanzó para parir un hijo, porque los otros se le murieron de tanto querer salir. Y salían, pero mucho rato después y casi negros de tanta asfixia.

Jacinto, su hijo, era un año mayor que yo. Con el pelo color cajeta, los ojos pardos y ese lunar... No habíamos cruzado palabra alguna, ni un saludo siquiera cuando sucedió que yo tenía alborotados los

calores del cuerpo. Era una noche recortada en estrellas que yo salí por la puerta de atrás de la cocina. Quería sentarme en los escalones a tomar el aire fresco, como ya lo había hecho en otras ocasiones. Allí estaba él, recostado en la banca de cemento, con la camisa desabrochada y sus pies descalzos apenas rozando el piso. El ruido de la cerradura de la puerta lo hizo volverse hacia mí e incorporarse. Me quedé quieta. El jarro de agua que traía en la mano comenzó a temblar conmigo. Verlo así tumbado era mala cosa pa' mi fiebre y ya no pude remediarlo.

Como si estuviera bajo algún hechizo, me acerqué hasta quedar parada al lado de su cintura y lo recorrí lentamente con la mirada. Él era un chamaco al que sus padres consideraban todavía niño para enrolarse en cosas de la carne. Y yo era una niña cuando mi padraastro consideró que ya era grandecita para complacer a un hombre. Ya tenía la malicia metida en el cuerpo y se lo hice saber a Jacinto. No protestó cuando dejé mi jarró en el suelo para desabrocharle el pantalón. Se puso tieso y dejó que lo hiciera. Cuando pasó del susto a la complacencia se retorció todito. Se incorporaba y se dejaba caer una y otra vez sobre la banca, sus manos tiraban de mi ropa... Fue en uno de sus torpes movimientos que, sin querer, me mandó al piso. De inmediato me levantó y me urgió a tocarlo otra vez.

Volví a meter una mano entre sus pantalones, y con la otra le sujeté la suya y se la puse en mis pechos. Sólo sabía dar apretones y nada más, pero me excitó su valentía. Así estuvimos un rato. Entre jaloneos y besos nos recargamos en la piletta que quedaba totalmente a oscuras. Convencida de que también me deseaba, me separé un poco de él, me saqué el camisón y le bajé los pantalones. Lo frío del cemento me obligó a arquear la espalda y lo guié para que se me metiera. Nada hizo que nos confundiéramos ni nos espantáramos. Jacinto se hizo hombre conmigo y yo por primera vez disfruté de un cuerpo. El resto de la madrugada la pasamos tendidos sobre su camisa, con una luna macilenta de testigo.

Los encuentros clandestinos sucedieron durante casi cinco meses, sin sospecha alguna de sus padres ni de la criada que estaba a cargo de mi vigilancia. Fue una tarde que lavaba los vidrios del ventanal que sentí que algo suave se movía dentro de mí. Unos días después

caí en cuenta de que tenía meses que no sangraba. Flaca y enclenque, pronto se descubrió mi secreto. Tendría unos cuatro meses de encargo cuando una de las criadas le dijo al patrón que yo estaba panzona. Él le ordenó que buscara entre los peones al responsable para que se hiciera cargo. Ni con los azotes me sacaron el nombre del padre de mi chamaco. Yo sabía que nunca nos permitirían estar juntos, así que convencí a Jacinto de que no dijera nada y que mejor huyéramos. Le conté que en mi pueblo tenía una madrina que podría ayudarnos a hacernos de un jacal y de trabajo. Jacinto decía poco, pero estuvo de acuerdo.

Decidimos que lo mejor sería marcharme yo primero. Mientras tanto él trataría de obtener dinero de la caja fuerte de su padre. Abandoné la hacienda con ayuda de uno de los peones, que tenía que ir a dejar un encargo cerca de Tepetzinco. Jacinto y yo habíamos quedado de vernos el sábado en la noche en el portón de la iglesia, junto al manantial. Al llegar con mi madrina le conté todo y accedió a esconderme por unos días, porque si se entera tu padrastro me mata, dijo ella. El sábado llegué desde las siete de la noche al portón de la iglesia. Sabía que era posible que Jacinto se dilatará más de la cuenta porque no conocía el lugar, así que con paciencia me dispuse a esperarlo.

Tenía en mente un jacal chico pero limpio. Cortinas azules y un mantel blanco. Podía adivinar un tiempo bueno, juntos. En esos pensamientos estaba cuando cerca de las doce apareció detrás de mí la figura de un hombre que no era de Jacinto. Volteé para ver quién era y sin distinguir un rostro, sentí su gruesa mano casi triturando mi brazo. ¿Creíste que podías salirte con la tuya?, dijo el hombre, y entonces reconocí la voz del patrón. Intenté soltarme, correr hacia cualquier parte, pero el hombre me tapó la boca con un trapo y me empujó hacia un costado del templo, donde ya lo esperaban otros dos hombres en una carreta. Entre los tres me subieron. Uno de ellos, que era como la mano derecha del patrón, se fue adelante para conducir los caballos, el otro peón era el que días atrás me había hecho el favor de llevarme con mi madrina.

Avanzamos unas dos horas de la madrugada hasta llegar a un páramo solitario y frío. Un lugar lejano a mi pueblo y de cualquier forma de vida. Me bajaron entre dos y me echaron en la yerba seca.

Por invitación del patrón, cada uno tomó de mi cuerpo lo que quiso. Los minutos se extendieron hasta tocar la puerta del diablo, y entonces ya no luché. Me dejé hacer y deshacer tratando de jalar al menos un poco de aire. Las rodillas de uno de ellos aplastaban mis manos en la tierra, haciendo que se me clavaran las piedritas en mi carne. El otro, mientras pellizcaba mis pechos, mordía mis brazos, arremetía duro entre mis piernas. Poco a poco se me fueron apagando los colores, poco a poco olvidé las cortinas azules, el mantel blanco. Se me salió el alma del cuerpo con el chorro de sangre que escurrió de entre mis piernas, con la patada más fuerte que jamás sentí. Después corrí fuerte, sintiendo ramas de hierba sobre la cara, con la ropa hecha jirones y los pies desnudos, hasta llegar al lado de un río y me tumbé a dormir. Despierto deshabitada y rota. Dejo atrás la hilera de mis huesos. Me voy dando tumbos por este otro páramo, durante incontables días o meses o años, pues el tiempo es algo que ya no logro distinguir, y no veo cómo he de regresar a la iglesia donde veré a Jacinto.

La fractura

TERMINABA DE ADEREZAR la ensalada cuando se rompió la frágil armonía del momento. Vacié todo el contenido del frasco de hierbas finas arruinando la vinagreta, y aventé el delantal al piso. La discusión fue porque *Estoy harto de tu rectitud*, o algo así dijo él. Alcé la voz y le reprocharle su indiferencia. El caso es que Noé abandonó la cocina muy disgustado y yo fui tras él. No tuve tiempo de pedirle explicaciones, de hecho, Noé y yo no volvimos a hablar nunca más.

Cuando el tiempo se fractura dolorosamente, el último recuerdo que queda es lo único que se puede reproducir en la memoria. En ese instante quedé atrapada con Noé. Él ahora es invisible para mí. Está en esa imagen que se repite y que inicia cuando atravesó el comedor. Sus pasos largos y fuertes hacen crujir la duela. Yo lo sigo a él y alguien más me sigue a mí. Al llegar a nuestra habitación, de reojo Noé se percata de que estoy cerca. Se apresura a entrar al baño con el propósito de evadirme. Antes de que cierre

la puerta me aferro a la perilla y la inmovilizo. Le digo que tenemos que hablar. No tiene tiempo de contestarme o yo de oírlo. Un sonido seco retumba partiendo mi cabeza. La luz del día se fragmenta en esquirlas de múltiples colores. Todas caen sobre mí derramando destellos que salpican mi cuerpo. Caigo y me adormezco sobre el piso. Estalla sobre nosotros un silencio absoluto. Noé abre la puerta del baño y ya lo veo como detrás de una mampara de cristal muy opaco.

Los pasos que venían detrás de mí retroceden con rapidez, regresan por la recámara hasta abandonarla. La puerta se azota de golpe cimbrando los vidrios. Percibo la vibración de las cosas más no los sonidos. La atmósfera se vuelve densa. A través de las cortinas de gasa, desde donde estoy, puedo ver que el cielo oscurece al parque de enfrente. Son las dos de la tarde y los árboles se tiñen de color nocturno. Una ráfaga de viento levanta una polvareda mezclada con hojas secas, formando remolinos que giran cerca, muy cerca del ventanal. En la casa flota una extraña sensación de violencia y maldad; comienzo a respirar un aire viciado, enfermo.

Noé y yo estamos como dentro de una fotografía vieja y arrugada. Somos una pareja de amantes en una época antigua. Lo que está sucediendo es impronunciable entre los dos. Él me hace señas que no alcanzo a comprender. Quiero alzar los brazos para tocarlo, pero estoy enredada en una telaraña invisible que me inmoviliza. Noé me toca. Me sacude. Huele mi escasa respiración. Una pared acuosa impide que yo sienta sus dedos, pero mi piel se hunde con su contacto. Impávida frente al caos permanezco contra el suelo y casi me salen raíces. El aire fresco se agota. Noé se aleja, recorre la habitación, abre la puerta y mueve la boca como gritando un orden.

En el tiempo alterado no sé por qué de repente aparece mi hermana. La veo borrosa, distante. No sé qué se dicen Noé y ella. Él la sacude por los brazos y ella al verme, fuera de sí vomita frente a mis pies. Tardará un rato en vaciar su estómago, las arcadas la obligarán a tener la lengua de fuera y los ojos desorbitados. Su abdomen se contraerá repetidas veces, hasta que por fin expulsa un líquido verde, apestoso y espeso.

Las puertas de mi carne se contraen y se dilatan con furia, una y otra vez...

Con la boca retorcida Noé hace esfuerzos por hablarme y no puede. Es como si alguien me hubiera robado su voz. O como si sus palabras me fueran negadas. También intento hablarle, pero es inútil. Mi boca es ya una laguna espesa de algas rojas. Sé que estoy gimiendo, pero ni yo me oigo. No sé si primero fue la mordaza y el grito ahogado, o sí porque grité me amordazaron. En este punto mis esperanzas de que me auxilien se desvanecen.

Por un breve instante puedo sentir sus brazos fríos que me toman por el cuello y las piernas para llevarme a la cama. Ya soy otra cuando me arranca de aquella humedad espesa y caliente que rodea mi cabeza. Me falta esencia. Noé lo sabe y eso le causa espanto. Sus pupilas se dilatan, se abren como fauces queriendo devorarme. Al depositarme sobre el colchón el peso lo arrastra conmigo y permanece unos segundos casi encima de mí.

Se levanta tieso, como quien se ha caído al lodo. Mi calma se sostiene de un hilo. El aire huele a piel y al aderezo de la ensalada. Mi hermana se acerca a nosotros y sin mirarme le entrega a él un rollo de cinta de aislar. Noé saca del clóset la colcha que tanto me gusta y que compramos en uno de nuestros viajes. Tengo más dudas que frío. Quiero saber por qué me endurezco. ¿Qué es lo que pesa sobre mí que me impide vivir?

Ya no alcanzo a distinguir de quién son las manos que cubren mi cuerpo con la colcha y lo giran una y otra vez, hasta convertirme en un bulto que aún respira. Los movimientos bruscos ocasionan que se abra más la puerta en mi cabeza y por allí me escapo. Sigue una sensación de vacío en el estómago, como la que se siente cuando crees caer de la cama mientras duermes. Se prolonga el sobresalto. Desciendo vertiginosamente en espiral, por una gravedad oscura y silenciosa. Luego, dormo totalmente cada vez que se repite la escena. Es el instante en que no estoy en ninguna parte y, sin embargo, el momento existe como un lapso de inconsciencia que rasga la continuidad de aquel tiempo. Recobro la memoria cuando soy ya como una capa de pintura dentro de un cuadro de irrealidad inamovible. Mi casa es el cuadro, lo que en ella existe y que ha dejado de ser mío. Todo es diferente: está

chueco, desordenado, inusual para lo que ahora soy. Los colores han desaparecido de los objetos o ya sólo distingo el gris.

No sé cuál fue la suerte de Noé porque no lo he vuelto a ver y ni me interesa buscarlo. A mi hermana sí se me permite verla con frecuencia y a veces hasta logro oírla. Pretendo reencontrarme con ella llegado el momento. Por ahora es una intrusa que se apropió de mi casa y que necesitará de mi permiso hasta para servirse una taza de café. Aunque cambió los muebles y tiró mis especieros, tendrá que fumar todo el tiempo para disfrazar mi olor que brota desde las profundidades del jardín. La última vez que la vi estaba arrinconada en el sofá viendo una película. Diminuta e insegura como un ratón. Se levantó, llevó el cenicero a la cocina y regresó a la sala nada más para apagar el televisor. Ahora soy yo quien la persigue cuando entra al que fue mi cuarto y ella lo sabe, me presiente. Después, el golpe seco de la puerta cierra ese breve presente. El olor de las hierbas finas se alza y Noé y yo ya estamos en la cocina discutiendo otra vez...

Φ

ROCÍO GARCÍA REY



Doctora en Letras por la UNAM. Escribe cuento, poesía y ensayo. Su más reciente libro se titula *Hijas de la noche* (Cisnegro, 2020). Imparte Talleres y cursos de literatura en el Museo Universitario del Chipo, Fes Acatlán y Museo de la Mujer. Ha publicado en diversas revistas y periódicos impresos y digitales y tiene una columna titulada “La nieta de la Heroidas” en la Revista digital *La Piraña*. Pertenece al Movimiento Poetas del Mundo y a la Federación de Mujeres Universitarias.

Hambre

LAS HORAS DE CAMINATA los tenían exhaustos. El agua escaseaba tanto como los alimentos. La madre había decidido salir del pueblo con sus hijos que cuasi morían de hambre. La ciudad era divisada por Juana, la madre, como el perfecto oasis para no claudicar ante la vida.

La Revolución seguía siendo un fantasma y con ese fantasma auestas y con los hijos pequeños resolvió andar por los ingratos senderos. Al más pequeño tenía que cargarlo y al hacerlo pensaba que no llegarían jamás a aquel oasis.

En el pueblo se había escaseado el maíz y el esposo de Juana que ya vivía en la ciudad tardaba mucho tiempo en mandar tanto noticias como dinero. Los senderos en la noche los enfrentaron con rezos y la madre procuraba que los hijos pudieran descansar un poco, estar tranquilos. ¿Pero qué tranquilidad podría haber en esa familia que apenas si probaba bocado? Algunas personas, es cierto, les proveían de comida y agua. Lo que siempre quedó en la memoria de aquella familia es cómo, después de que recibieron una penca de plátanos, Juana fue totalmente clara: *No tiren las cáscaras*. Con esa consigna siguieron el periplo, hasta que nuevamente el hambre, ahora cotidiana, se abalanzó en los cuerpos. Campo árido, vacío de luz, aunque resplandeciera el sol. Dios ausente, aunque los rezos se convirtieran en eco de la desolación. Hambre–humeante de tan ardiente. Hambre–recanija. Las tripas serpenteaban en los cuerpos de los niños.

Ni Dios ni luz, sólo cuatro niños llorando en medio de un páramo que los llenaba de luto. Fue entonces que Juana desamarró el pedazo de género y convirtió ese momento, ya lejos de Texcoco, en un momento único, de placer a los paladares de los niños. Con parsimonia repartió a cada uno su cáscara de plátano. Qué más daba si era comida o desayuno. Era el festín de los sin tierra, de los herederos de la Revolución que más allá de las horas marcadas por los relojes, dejaron de llorar porque fue más importante saborear la cáscara de plátano.

Días después, acaso tendrían que aprender a raspar lo que quedaba en las cáscaras de tuna. Días después.... Porque ese día se

congregaron frente a la madre quien, por cierto, ese día dejó de rezar.

La casa

ACASO NO SUPIMOS cómo albergar sueños en esta casa. Serpenteaba la tristeza, serpenteaba la ansiedad.

Tabique sobre tabique mis padres construyeron los sueños que creyeron nunca serían devorados.

Hoy de puntillas quiero llegar a esa casa que no es diminuta como mi departamento. Sé que me quedaría quieta, impávida por las ausencias.

Esa casa, ahora, es mi absoluta orfandad, mi absoluto exilio a la soledad de los que no tienen ya un refugio corporal para descargar la niebla.

II

Miro en sueños mi cuerpo, en realidad son los sueños vencidos de esta familia que arraigada se quedó a los mil secretos. *No le digas a Rocío porque se pone nerviosa.*

Casa de mis cuerpos.

Con mi gordura alimenté la mesa y fui un poco la vergüenza para la madre rota. Con mi anorexia presentida a los veinte, resbalé por las paredes con las llagas del recuerdo vuelto moho.

En una casa construida por mis padres pintamos el color explotación y plusvalía de mi padre obrero: nuestra angustia.

Y no es ahí madre, donde lanzo ahora mis rezos de escéptica monja.

No es de la casa con olor a plusvalía que lanzo los versos ocres, sin lágrimas porque no salen a pesar de los recuerdos enclaustrados.

No sé si había habitaciones propias.

No sé si el color de la serenidad se posó en mi padre.

Durante años esa casa fue mi angustia. Alarido para salir de ella a pesar de ser protectora de los miedos. (Mientes: en realidad querías mudar de cuerpo).

No sé si en ella poco a poco esparcimos nuestro polvo a miedo o nuestro aroma a la luz metalúrgica de mi padre. / Una familia unida en la depresión en una casa color a plusvalía.

*Este es un fragmento. El texto completo fue publicado en la Revista *Blanco Móvil digital*.

Matable

SOY ABSOLUTAMENTE matable./ Mi dignidad es un conjunto de astros vacíos/ Puedo ser absolutamente viajera de las noches/ Ahora no me llevarán a la pira/ bastará el tácito látigo de la desaprobación/ No oigo girar ni latir estrellas/ Tal vez palabras como remedo de castigo/ demasiado gorda/ demasiado flaca/ demasiado adicta a los libros/ o demasiado trunca en los estudios/ Mi dignidad como conjunto vacío resbala ante los discursos oficiales/ demasiado puta o demasiado casta/ qué más da si soy perfectamente asesinable/ cómo me atreví a pensar que como Julia de Burgos yo también podía ser “el desequilibrio danzante de los astros”/ Me han reducido a una mera bifurcación de los esquemas/ He querido alimentar mi vida de periplos que no me condujeran a la zona de las ánimas/ Antígona me gritó, pero cuando oí su advertencia retumbó en la sangre que escurría que para ellos sólo soy un signo inconcluso perfectamente matable.

*Publicado en el libro *Intenso carmín (antología)*, Edit. Taller de Creación Literaria.

Φ

ROBERTO HERNÁNDEZ SALCEDO



Habitante de la Ciudad de México de toda la vida, con estudios formales de pintura en el INBA. Formador de libros y revistas. Ilustrador. La pasión por la lectura comenzó en la infancia y encontró en la poesía una revelación. Participó en Primer Encuentro de Poesía, Minificción y Cuento Breve "Roberto López Moreno".

Tu imagen en mi mente

EL FRESCO LENGUAJE de tu andar,
rodea de humedad la tarde,
la penumbra se quiere quebrar,
la ruta del sol, es sólo un jirón que arde.

Los caminos que llevan a l mar,
existen por medio de tu dulzura,
acúnate en mis labios, vamos a navegar,
no me niegues el calor de tu ternura.

Hoy se confunden tus gestos y tus palabras,
tu figura es una playa prometida;
de donde no necesito emprender la huida,
ya puedo leer el sonido de tu alma cuando callas.

¿Será el destino?

ANTE EL LENTO crisol del tiempo;
un hombre.
distante, entre velos de intensa soledad;
una mujer,
dos distancias que se unen.

Sus voces se encuentran,
un mar de incertidumbre lo envuelve todo,
y sus almas se tocan.

Los sueños forman torbellinos;

un hombre y una mujer se besan,
los acordes de la eternidad se agolpan,
y los sentimientos sólo son fragmentos cristalinos.

El ritmo primigenio del mar fluye en ti

EL RITMO PRIMIGENIO del mar fluye en ti
tu alegría, caudal de pájaros en primavera,
la brevedad de tu cintura y su ritmo inaudible,
mis manos aún llevan el relieve de tu piel,
todo el amor habitaba en nuestros silencios,
con el diálogo de nuestras miradas bastaba,
sin saberlo vivía esperándote,
desde este exilio, aún te espero,
para acariciar tu amor Silente,
mi cariño te envuelve, transparente,
a dónde quiera que vas,
en dónde quiera que estés.

Φ

GABRIELA LADRÓN DE GUEVARA



(CDMX). Doctora en Educación. Profesora-Investigadora en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México. Estudió Letras Inglesas en la Universidad de Londres. Narradora oral, escritora y amante de la literatura. Sus textos han sido publicados en antologías de cuento y poesía. Su poemario *Ciudad, mujer en movimiento* ha sido publicado por Enero Once Editorial que próximamente publicará su libro de cuentos *La extraña vida diaria*.

<https://www.facebook.com/gabriela.ladrondeguevaradeleon/>

Instagram: @gabrielaladrondeg

Twitter: @GabLadron

Mi barrio

MI BARRIO es parte de mi vida
encuentro de la infancia
recuerdo y añoranza
desde la reja blanca
que inicia mi mundo
hasta las calles colmadas
con mis vecinos que pasan.

La tienda donde encuentro
frituras y esperanzas
lácteos y licores
y un poco de nostalgia.

Mi barrio y su mercado
con hierbas milagrosas
devotas flores y fieles verduras
semillas brillantes y telas esponjosas
sonrisas de marchantes
y güeras nominadas.

La parroquia orgullosa domina la colonia
mientras regala píos sermones y plegarias
une el cielo y la tierra
con su cantera rosa
mi barrio danza y cambia
no olvida sus campañas
ni la dominguera risa
aun en plena calma.

Mi barrio está en mi vida
como yo estoy en su alma.

Violetas en el pavimento

(Condena a la violencia contra la marcha de mujeres en Cancún,
México, el 10 de noviembre de 2020.)

POCAS EXIGENCIAS:
derechos humanos plenos
vida tranquila
parar feminicidios
escucha completa.

Represión policiaca
lacerantes golpes
violentas heridas
sangre en la plaza
ataque a la prensa
policía armada.

Muda alcaldesa observa
torpe disculpa
gobernador indigno
día de Marte
se tiñe de
rojo violeta.

Φ

CRISTINA LICEAGA



(CDMX, 1974). Estudió Ciencias de la Comunicación y una Maestría en Análisis Político y Medios de Información. Fue finalista del premio italiano de periodismo Claudio Accardi 2009 y ganadora del tercer lugar del primer Premio de Cuento Corto de la Editorial Endira (2014). Es autora de las novelas *Punto de quiebre* (Acribus, 2016) e *Infestados* (Bitácora de Vuelos/Et.al – ñ, 2019). Ha dictado conferencias sobre la escritora Elena Garro en la FES Acatlán y el Centro Cultural Elena Garro. Actualmente es editora del sitio web EscritorasMx (www.escritoras.mx), que difunde la literatura mexicana escrita por mujeres.

La vieja (2015)

A H.

LA VIEJA ABRE LOS OJOS. Son grandes, del color de la arena. En sus pupilas puedo oír el murmullo de mi nombre. Lo va filtrando poco a poco, como en un suspiro. —*Jorge, Jorge*— dice antes de apretarme los dedos. En su boca, mi nombre huele a humedad.

La vieja había llegado a mi vida cuando apenas era un niño, después de la absurda muerte de mis padres. Julia, así se llamaba la vieja, era mi único familiar, la que me educó a punta de rezos.

Julia era soltera y sólo me tenía a mí. Crecí contaminado por el sonido de las cuentas del rosario al desgranarse después de la misa de siete. Además de la escuela de los claretianos, la iglesia era mi única salida. La vieja no me dejaba tener amigos. Durante mi infancia, tuve que rechazar las invitaciones a merendar de mis compañeros. Nunca fui a sus fiestas, jamás pisé una cancha de fútbol.

Mis cumpleaños los pasé rodeado de beatas desteñidas que cantaban padres nuestros y aleluyas. Después me llevaban a tomar chocolate caliente a una cafetería de Las Lomas que olía a azúcar quemada. Aburrido, separaba la nata de la leche mientras ellas deshacían la vida de los demás.

La vieja había heredado fortunas. Su padre, que era el padre de mi abuela, había aprovechado la confusión post revolucionaria para negociar con los nuevos dueños del país y construir carreteras por medio México. Pero la vieja jamás gastaba en mí. Cada año me compraba siete pantalones con sus respectivas camisas y tres pares de zapatos. Apenas me compraba lo indispensable para la escuela, nunca me regaló más que libros con la vida de los santos ilustradas a colores. Comencé a odiarla.

El sonido de mi nombre choca en contra de los recuerdos. Julia respira con dificultad. Las palabras se le enredan. Confundidas, toman forma y se mezclan con el humo de la veladora que protege a los santos de su buró.

Con mis pensamientos recorro el rostro de Santa Clara. Sus ojos son dulces y profundos, como los de Elena, la mujer que vino a cambiar mi mundo.

A los 14 años me harté de Julia y salí a vagar por ahí. Comencé a llegar tarde a casa, a soportar sus discursos de falsa moralidad. Descubrí el alcohol, el cigarro, la música y las mujeres. Sobre todo, a las mujeres.

Una noche de octubre, Elena se me apareció con sus ojos grandes y su falda diminuta. Apenas pude reaccionar... caí en ella. Aunque yo era un adolescente flaco y desgarbado, tenía la sonrisa amplia y la mirada cortés. Fue suficiente para enamorarla. A los pocos días, hilé amaneceres que se deslizaban entre sus piernas.

Un jueves de enero nos fuimos a la playa sin avisar. Ahí, vimos al sol desmoronarse sobre las olas. Por primera vez fui feliz.

El olor de los gatos me regresa a la semioscuridad del cuarto de la vieja. Julia sigue escupiendo mi nombre. Cada vez más suave, cada vez más tenue. Sus dedos se escurren en la palma de mi mano. Un halo de luz se cuele en la habitación y se rompe en su cara, iluminándole las arrugas. De los labios se le escapa un Ave María.

Regresando a México, la vieja amenazó con desheredarme. Se negó a inscribirme en la universidad y me obligó a buscar trabajo. Fui repartidor de pizzas, lo que apenas me daba para vivir, pero Elena cada vez quería más. Le gustaban las cosas bonitas y la ropa de marca. Fue cuando me introduje en eso.

La respiración comienza a morir. Julia sigue viéndome con sus ojos de cabra asustada. Yo escapo en el recuerdo de la tarde lluviosa de septiembre. Todo fue tan fácil, bastó entregar las bolsas de polvo blanco para perderme una semana quién sabe dónde entre los labios de Elena.

El mercado empezó a crecer y yo a llenarme de dinero. Un día me armé de valor y quise dejar a la vieja. Fue el martes pasado. Llegué al amanecer con Elena abrazada.

Julia estaba ahí. Con los brazos cruzados me retó. Quiso saber dónde había estado. Harto, me fui a mi cuarto sin contestar. Hurgué en el cajón. La mercancía no estaba. La punzada se me encajó en el estómago; la voz se adhirió a mi nuca, inquisitiva.

—*¿Era lo que buscabas?*— la voz cayó rota sobre el pavimento.

El recuerdo se diluye. Regresa a cuentagotas. Estoy ahí. Parado en medio de la habitación. Huele a café quemado. Julia me mira severo, blandiendo las bolsas rellenas de polvo blanco. Su figura se recorta en la luz dorada del amanecer. Los párpados se nublan, el entendimiento se me nubla. Apenas noto mi mano sobre Julia. El odio de tantos años se me escapa. Los puños empujan a la vieja. Los gritos resuenan. Elena pide que no lo haga. Golpeo a la vieja. Una, dos, tres veces. Hay gritos. Después... el silencio.

Julia yace doblada en dos. Un hilo de sangre escapa de su boca. Elena me mira a los ojos. Siento su rechazo. Toma las bolsas con polvo y se va.

Ahora estoy aquí, sentado junto a la vieja. Ya casi no escucho su voz. Después del accidente, la envolví en una colcha y la traje a su cama, junto a sus santos. Julia tiene derecho a morir con ellos. Apenas se vaya, pienso quemarlos. Arderá mi infancia, el Jorge que no quiero ser.

La vieja delira. Entre sus disparates finales, oigo el ruido de la puerta al abrirse. Alguien llega. Me pregunta cosas que no alcanzo a entender. Siento el frío del metal sobre mis muñecas. La voz dice que Julia ha muerto y que yo soy el único culpable.

El hombre me levanta a golpes; me conduce a una patrulla. Entro a empellones. En la ciudad anochece y las luces del pavimento chocan en contra de mi soledad.

...Estoy llorando. Creo que extrañaré a la vieja.

Acero inoxidable (2018)

DESPIERTAS. Sientes el nudo que palpita bajo tu espalda. Lleva días ahí. Es una sensación oscura que te impide moverte, hacerte a la vida.

Te acurrucas bajo las sábanas y decides que no abrirás la tienda que te heredaron tus padres. Otra vez, como desde hace días. Como

desde la tarde polvorienta en la que ÉL tomó las cosas que había olvidado en tu coche y se fue dando un portazo.

Una semana ya de eso.

Dejas que los recuerdos te invadan, que expandan el nudo que palpita bajo tu espalda hasta hacerse insoportable.

Estás fuera de control. Crees que ha llegado el momento de darle forma a la decisión a la que, desde hace días, le das vueltas.

Sales de la cama, te pones unos jeans viejos y desteñidos, una sudadera que te queda grande. Tomas el celular y las llaves de tu casa. Sabes cómo son estas cosas.

Sientes cómo los muslos se van estirando, cobrando vida, coordinándose con los otros músculos de las piernas. Das veinte pasos y te vas.

Sales a la calle. El sol de mayo te recibe hostil. Es un sol duro, deslumbrante, que quema.

Caminas por las banquetas repletas de escolares que corren en sentido contrario, rozándote con sus mochilas, golpeándote con los hombros.

Piensas que, si pudieras volver atrás, a tus años de adolescente, cuando sentiste por primera vez el nudo que ahora te invade, habrías ido con el doctor. Pero en esa época tú y tus padres lo tomaron como un síndrome más de la adolescencia. Pensaron que con los años se desvanecería. Se rieron de las recomendaciones de los maestros para que te viera un psicólogo.

Pero ya es demasiado tarde. El nudo comienza a expandirse por tu cuerpo, oprime tu garganta, los intestinos, el pecho.

Ves el puente peatonal y crees que ha llegado el momento. Te imaginas cayendo, rompiendo el viento con las palmas de tus manos. Imaginas tus tripas sobre el suelo. Retrocedes. No quieres algo así.

Entras al parque. El viento ha comenzado a soplar. El aire que rasga tu cara te tranquiliza. Sientes el gris de tu estómago deshaciéndose.

Te dices que no es la primera vez que sientes eso; que siempre es lo mismo: el nudo apretándose sobre tu cuerpo, las imágenes

corriendo sobre tu mente. Como siempre, te ves saltando desde un décimo piso, lanzándote al Metro, estrellando tu coche a 200 kilómetros por hora. También sabes que poco a poco las imágenes desaparecerán, que tú respirarás y los nudos que hay bajo tu cuerpo acabarán desechos hasta que vuelvas a ser tú, la muchacha de cara redonda que canta bajo la lluvia y de la que ÉL se enamoró.

El recuerdo de su nombre es suficiente para que los nudos vuelvan a formarse. Para deshacerlos, comienzas a dar zancadas amplias, descontroladas.

Nada sirve.

Ves a un niño que a pesar de no tener tres dedos va en bicicleta. Te preguntas por qué naciste así, con esa melancolía eterna que te hace ver los problemas más grandes de lo que realmente son, como si no tuvieran remedio.

Piensas que hubiera sido mejor nacer con diabetes, con un soplo en el corazón, cualquier cosa que tuviera arreglo, no como tu enfermedad que crees incurable.

Sabes que siempre será así, que, aunque haya temporadas buenas, los días negros volverán. Hoy es por SU desprecio, mañana será otra cosa, cualquier cosa: problemas en el negocio, deudas por pagar. Será mejor terminar con todo.

Te acercas al lago que está en medio del parque. Los patos que hay en él chocan entre sí, abren las alas y se golpean con el pico para arrebatarse las migajas de pan que les lanzan.

Te imaginas flotando en el agua verde y sucia, junto a los patos. Ves tus labios amoratados, tu boca abierta, la expresión de horror sobre tu cara.

Comienzas a entrar al lago cuando escuchas el tono que identifica los mensajes de ÉL. Sales de tu ensimismamiento. Sacas el celular de la bolsa izquierda de tu sudadera. Quince palabras son suficientes para romper con la imagen de ti misma flotando sobre el lago, con los labios morados y la expresión de terror sobre la cara.

¿Hablamos hoy? Te invito un café. ¡Ándale! Te marco al rato para ponernos de acuerdo.

Sales del lago. Corres a tu casa. Con cada zancada sientes cómo el nudo va deshaciéndose, desapareciendo. Sientes el sol sobre la nuca, desperezándote. La vida debe seguir.

El nudo es sustituido por una sensación tersa, transparente, que te hace cosquillas sobre el corazón. Es la misma sensación que te hace cantar bajo la lluvia. Sonríes.

Abres la puerta de tu casa. En la cocina preparas unos huevos motuleños mientras tarareas viejas canciones de amor.

Estás picando la cebolla cuando escuchas la melodía que identifica SUS llamadas. Contestas alegre, sonriendo. Pronuncias su nombre con vocales festivas. Sientes paz. Crees que todo se ha arreglado.

Escuchas. Escuchas.

Van cambiando tus facciones. Se tornan duras, opacas.

Tu voz se corta. Comienzas a llorar. Tiembles. Tomas el cuchillo.

El acero inoxidable roza tus venas.

Φ

RICARDO PÉREZ



Mercadólogo por la Universidad Panamericana, Teatrero por la UNAM, egresado de la Escuela de Escritores de la SOGEM. He colaborado en distintas revistas, principalmente con artículos sobre literatura y promoción cultural en: *Indie Rocks*, *Picnic*, *Haus*, *Cultura Colectiva*, *Portavoz haciendo cultura*, *Swagger*, *Revistacodigo.com*, *Residente*, *Suite101*, *Revista Istmo*, *Revuelta* y *Efecto Pígalión*. Ha participado en Antologías de ensayo y ficción para Editorial Shamra y Editorial Creaciones literarias. Tiene cinco obras de teatro y dos novelas: *El Misterios de la Casa Azad* (2018) y *Narketing, el Tercer Imperio* (2020). Además de haber montados cinco obras de teatro de su autoría.

rjperezsegura@gmail.com

El duelo

LOS ÚLTIMOS DÍAS del año son mortales para Ramiro: tareas, exámenes y un sol que siempre lo persigue en todo el camino a su casa. Incluso en el autobús no lo deja en paz, al bajar en la parada de siempre, Ramiro lleva arrastras la mochila con el sol justo arriba de él. Todavía tiene que caminar varias cuerdas antes de llegar a casa y dejar al sol en la puerta. Su mamá no ha llegado, su papá tampoco, ni sus hermanos, él es el primero. Su estómago comienza a rugir y busca algo de comer, ve en el horno y no hay nada, en la estufa tampoco, encuentra un pan en la despensa y saca todo lo necesario para una torta de jamón.

Se sienta en la mesa para prepararla: jamón, queso, jitomate, lechuga, mayonesa, falta algo, pero no sabe qué es, busca en la mesa y ve al guacamole en el centro, al estirar el brazo para alcanzarlo, la botella de salsa catsup se atraviesa en su camino, Ramiro siente que la botella se movió, la toma, la revisa y no ve nada extraño, la vuelve a dejar en la mesa. Al buscar el guacamole, la salsa catsup se pone de nuevo entre él y el guacamole, Ramiro ríe, cree estar alucinando por el hambre y prefiere ponerle catsup a su torta, pero el guacamole empuja a la salsa, Deja que él decida, reclama el guacamole en posición de guardia, las dos salsas se encaran.

Ramiro queda congelado de la sorpresa, todos en la mesa observan en silencio a las salsas enchiladas, el salero no puede contenerse y al estornudar esparce un poco de sal, tres pizcas van a caer al rostro del guacamole, quien se pone nervioso y lanza el primer golpe. La función inicia, gritos, vítores y golpes se desencadenan por todo el escenario.

La pelea se desplaza de un extremo a otro de la mesa, se abren paso entre los espectadores, nadie intenta separarlos, al contrario, comienzan a corear a su favorito. Los cuchillos chocan emocionados sus puntas, la indecisa mayonesa no sabe a quién irle, la cuchara sopera organiza las apuestas y la cucharilla las recibe, el único que los sigue de cerca es el servilletero que trata de contener el irremediable desastre con sus habilidades en artes marciales, al lanzar servilletas a cada segundo, el mantel llora impotente por las fatales manchas que se multiplican por todo su rostro.

Todo se ha salido de control y de la mesa, los platos saltan para salvarse y al caer se multiplican en fragmentos de porcelana. Otro fuerte estornudo detiene el pleito, los competidores voltean a ver a Ramiro, descubren su ausencia frente a un plato sin torta, sólo quedan las boronas. Muy cerca está el salero que tiembla bajo las miradas de todos, nervioso y con la voz entrecortada alcanza a decir antes de soltarse a llorar a los brazos de la jarra de agua, Lo siento.

El taller

A CINCELAZOS se forman, duele, pero nace lo bello.

La luz de la mañana se escabulle por la pequeña ventana que se encuentra en lo alto del taller, alumbrando los rostros de barro de figuras inconclusas. Todas esperan la hora en que el artista llegue a trabajar en ellas.

La mesa está repleta de figuras: altas, pequeñas, bombachas y ebrias. Algunas más están en el suelo, en los rincones y algunas repisas. El salón está repleto, a todas les falta trabajo. Ninguna es idéntica a la otra, cada una tiene su tonalidad especial y propia consistencia. El escultor las conoce a todas, sin conocer la imagen final de ninguna. Las trabaja con sus propias manos, con su corazón y su aliento; si el material no cede a sus caprichos utiliza un cincel o una pala, lo necesario para llegar a esa idea que no conoce pero anhela.

En esa mesa se encuentra Aurora, en un rincón del taller, oculta entre muñecos mayores, pequeña. Pocos se dan cuenta de ella, pero los que la encuentran se acercan y el grupo del rincón crece con el tiempo. Aurora, como todos, cambia a diario por culpa del artista, pero nunca pierde su esencia, ese toque especial que el dueño del taller da a cada bulto de masa, antes de comenzar a trabajar en él.

En ese tumulto de figuras conoció a Fabián. Desde el principio, a Aurora le llamó la atención, sobre todo en las noches cuando él trataba de moldearse a sí mismo. En varias ocasiones se rompió,

pero siempre conseguía darse la forma que quería. Esas noches todos dormían menos Fabián que en silencio trabajaba y Aurora que lo observaba desde su rincón.

El viento le pegaba a diario, a veces eran pequeñas brisas, pero en otras ocasiones se colaban tornados enteros que terminaban por darle una forma diferente a la que él imaginaba. Su inocencia se congelaba en las heladas nocturnas, pero nunca se dejó caer en la amargura. El señor siempre lo protegía con ungüentos especiales y su barro llegó a ser uno de los más brillantes y de extraordinaria maleabilidad. Al escultor le encantaba trabajar con él, se pasaba horas manipulándolo, platicándole con sus manos.

Un día Fabián se encontró con Aurora en la mesa de trabajo mientras el artista trabajaba en ellos. Desde entonces no pudo separar su mirada de ella. En las noches de insomnio dejó de trabajar en él y comenzó a concentrarse en Aurora. Sin darse cuenta, ninguno de ellos, comenzaron a moldearse mutuamente.

Hasta que un día lo terminó, el dueño del taller vio con orgullo a Fabián y se lo llevó a la hermosa vitrina del artesano donde estaban todas las figurillas completadas. Ni los deseos de Fabián ni el llanto de Aurora pudieron evitar la separación. Fabián estaba listo y no había nada que hacer.

Ninguna figura del taller conocía la vitrina, quien salía ya no regresaba, sólo el escultor para seguir trabajando, tirar a la basura las irreparables y llevarse otras cuantas. Pero para Fabián, esa era otra regla tonta que no entendía y de vez en cuando regresaba cuando el escultor descansaba para ver desde lejos a Aurora y admirar sus cambios. Algunas veces Aurora se despertaba y lo veía verla, en otras no abría los ojos. Aun así, Fabián siempre se asomaba a mirar a Aurora.

Φ

DANIEL R. LEYTE



(Octubre, 1990). Editor, periodista, podcaster, community manager. Ha publicado los poemarios *Epitafio* (Anti/editorial Dipsomanía Poética, 2016), *La garganta de la noche* (Ojo de golondrina editorial, 1ª. Edición 2018 y 2ª. Edición 2020). Textos suyos han sido publicados en *Revista Parafrasis*, *Revista Puf!* y *antología de poesía Poniistas*. En medios digitales como *Tercera Vía*, *Revueltas Times*, *Operación Marte*, *Axolotl Magazine*. Actualmente dirige el proyecto Aleteo Poético y organiza el FIP Xochimilco (Festival Internacional de Poesía Xochimilco).

La garganta de la noche

EBRIO

con el corazón hecho añicos
intentas llegar a casa
pero recuerdas que para tu padre eres un lote baldío
continúas enardecido en medio del asfalto
el alumbrado público te ilumina como a un rockstar.

Encendiendo un cigarrillo recuerdas los momentos alegres
y los tristes quemando las naves
entregándote al tarro de pulque reposado
eliges alguna banqueta
algún parque
algún hotel de mala muerte
pero no existe nada de valor en tus bolsillos
sólo la cavidad de una ciudad ausente/ intranquila.

Arrojas tu cigarrillo
y los perros aúllan la melodía de tus veintitrés años.

Te miras perdido/ melancólico
pero a pesar de estar desvencijado
sabes que perteneces
a la generación que se convirtió a una religión
que puede medirse por su capacidad de revivir a los muertos
la bendición de nacer en la era de antes y después
de Jim Morrison
de vivir con delincuentes/ ángeles caídos
con la banda de corazones solitarios.

Penetras la garganta de la noche
embarras acidez sobre el calvario de un Cristo traicionado.

Esta es la imagen trémula de lo que jamás pudo pasar.

Alabados sean el Rey Lagarto
y San José Cuervo.
Hágase su voluntad.

Amnesia

*Siembran sombra
y crían cuervos que les sacarán los ojos,
desnucarán cabezas calvas,
poblarán noches no guardadas
en ningún rincón de la memoria.*

—Max Rojas

AMO A UNA MUJER anticipada al día de mi procesión.
Me refugia para no andar por el mortuorio vericuerdo
de las tempestades que aún no conozco.

Somos sutiles/ amnésicos
que siembran sombra
y cosechan lo indeleble de los sueños/
relámpagos convulsionando fieramente.

No importa si al final
ella termina con el suicida preparado
para ejecutar su acto transformista.

Pronto seremos
una oscuridad terriblemente melancólica/
rostros sin voz/ encarnación de pánico/
recuerdos que desnucarán cabezas calvas
y poblarán noches no guardadas
en ningún rincón de la memoria.

Seremos el falso rumor
de que un día
el amor existió.

Ángel intoxicado

*Ella perdió el control
bella ha vuelto a perder el control,
gritó estirada en el suelo:
Amigo eh vuelto a perder el control.
—Joy Division*

MELANCÓLICA Y terriblemente jodida
ella perdió el control
víctima de un dios quejumbroso
dañada por la ausencia del padre
de un amor que se creía indestructible.

La envolvió una brisa de confusión
resultándole imposible conciliar la calma
sus ojos lo decían todo: ha vuelto a perder el control.

Infortunio de su propia destrucción
no puede contenerse

quiere huir pero no sabe a dónde.

Piensa en follar para ahuyentar el deseo de muerte
beber hasta arrastrarse fumar hasta incendiar el alma
convulsionar en el abismo de su eterna caída.

*“Ángel intoxicado de la noche estoy tan miserable
recoge este ataúd de carne porque ya no soporto esta mierda de
vida.”*

dice la nota junto a la ventana
donde trastornada se arrojó a los brazos del demonio
desplomándose como el cuervo que busco el suicidio
por el rechazo de la golondrina.

*Textos incluidos en el poemario *La garganta de la noche*,
publicado por Ojo de Golondrina Editorial, 2018.

Φ

ROSARIO RAMÍREZ



Arqueóloga, museóloga, Maestra en Estudios Mesoamericanos, bailarina de danzas tradicionales de la India y gestora cultural. Participante en encuentros de poesía “Mujeres en el país de las nubes en Colombia y en Oaxaca. Algunas publicaciones: *Iconografía y simbolismo de las mariposas* (2009), *Del hilo de la vida la creación del universo* (2012), *Los elementos animales en la indumentaria* (2014), *Zoomorfos del cielo* (2017), *Mujeres poetas en el país de las nubes. Entre la Tierra y el Cielo. Antología XXVI.* (2019) y *Los Secretos de la espera, en Antología Casa de los espejos* (2020).

Hilados de seda

TERCIOPELOS ANTIGUOS

en jaspe florecen,
de tres en tres
como su nombre,
tersura indescriptible
en los dedos dulces
en ir y venir
entre diseños contorneados,
franqueza del tiempo terminado
desgarra sus venas
y en huecos dispersos
luce su esencia.

En días serenos
el polvo se extiende
parejo y sutil,
para vestir vanidades
con aroma de hilados de seda
bajo granates, perlas
y colores violetas.

Rio Yamunä

ANTE LA SUPREMA personalidad de Dios
sobre edredón rojizo y almohadas coloridas,
escucho mi interior sorprendido,
entre apariciones repentinas
y destellos luminosos de letras
que se manifiestan

una a una
ellas mismas,
navegando sobre el papel
en el río Yamunã

Hermandad

SONIDOS de labios
cubiertos en estuches presunciosos.
bajo miradas que esquivan
la profundidad
de las escenas cotidianas,
descifro apenas la intención
y dureza reservada
al quitar el velo de tu rostro.
Como diamante en el acero
rasgas a quien te escucha
mientras asciendas,
en escaleras de plata
que se mecen al infinito.
Entre cobre y elementos etéreos,
que esconden tus palabras afiladas.
la única hermandad...
con esencia de envidia,
matizada en amnesia desabrida.

Serenata gentil

ALGUNAS estrellas se habían encendido
en el azul eterno,
sobre palacios italianos
a lo lejos,
las pocas voces se perdían
en una serenata gentil
y un clima cálido.
Tras gruesas columnas
los rostros grises,
como tesoros sonoros,
lejos unos de otros
delicados
frágiles
asomando en el lago
como flores exquisitas.
Buscan las llaves
no encuentran cerraduras,
el abracadabra
pronunciado
entre dátiles y uvas de Jericó
a veces se despliega
y hace milagros,
ellos lo saben.

La carta

DE LUJO y exquisita figura
con nombre estelar,

pisadas sutiles
colores dispersos
en fragancias alternas
de días fríos,
entre costumbres arraigadas
deambulas
te esparces
olvidas el pasado,
de tan solo un año.
Días han sido
muchos, muchísimos
diluidos en paisajes verdes,
que irrumpen en rocas
y en alaridos finos
asomando a la ventana.
Es extravagante querer salir
hablar de frente.
Misterioso es todo lo conocido
reconocer caminos
en aura de santidad,
con una carta en la mano
van tus sentimientos
silenciados
entre pecados veniales.

El amor ondula en los espejos

EL AMOR es blanco, terso y efímero
se deshila en la ferocidad de un aullido

sin brisa,
ni auroras boreales
en el paso de una hoja y la salida del sol
en sabores nuevos de azúcar y sal
en anhelos nocturnos
y sueños de invierno.

Es un hilo extenso rodeando al infinito
que se mueve para flotar más lejos
sin afinar su sonido
ni conocer las notas
básicas e indecisas
del destino.

El amor ondula en los espejos
tembloroso como una roca de volcán
incandescente
muestra el peligro imperioso
con sonrisas frágiles y deliciosas.

Con dedos luminosos
rasga cada instante
sin densidad y conjuros
en magia instantánea
permanente.

Φ

CAROLINA RÍOS OMAÑA



(CDMX, 1967). Poeta y artista plástica. Fue ganadora del concurso Píntame Angelitos Negros, 2010 (Embajada de la República Boliviana en México; Cámara de Diputados). Diplomado en creación literaria en la Escuela Mexicana de Escritores, con los maestros Gabriela Ynclán, dramaturgia, de Poesía: maestro Fernando Fernández, entre otros; así como en el Taller de Experimentación poética de Ediciones la Cuadrilla de la Langosta. Ha participado en encuentros y festivales como el Festival Internacional de Poesía Ramón López Velarde (2016), Feria Universitaria del Libro de Tabasco Internacional (2016), 1er Expocoloquio Internacional Pretextos del Solsticio, en el marco del 450 Aniversario de la Fundación de la ciudad de Palenque, Chiapas. Algunas antologías: 21 Poetas por la paz, (Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, 2016), Voces Nuevas, (Colección Torremozas, Madrid, 2017). Teatro Breve, Brevísimo, miradas y metáforas. (Ediciones La cuadrilla de la Langosta, 2017), entre otras.

Ritual de la cascada

SERPIENTE, madre agua
tú que rompes la luz en colores infinitos
desliza tu fuerza milenaria, sobre las líneas de este cuerpo
horada mi corazón de roca,
heme aquí, al centro del círculo sagrado
purifícame en el torrente de tu sangre

Vuelvo al origen, camino que me ungió
con la esencia del guarumbo, la caoba, el hule y el amate
soy hermana de la ceiba
desafiando laberintos y caracoles
enraizados en la ciudad misterio
devorada por la selva
llego a ti a recibir el bautismo
bajo la blancura de tu eterno canto

Canto de zarabanda Lacandona
Canto de noche golondrina
Canta la piedra secretos Mayas
Canta el silencio del quetzal

Madre agua, impulso
la vida es tu promesa

Sal sagrada

LA NOCHE desnudó su voz bajo la lluvia.
Somos tormenta gestándose desde el sol nocturno,

vórtice de viento entre la danza,
savia fértil delineándonos en gotas exquisitas
caudal y afluyente de un nudo y sus misterios,
los cuerpos insalvables del sexo y el aliento
sagradas sales, besos de piel
afuera, un llanto sacro quiebra el silencio,
me tomas, con la impaciencia de la espera.

La noche desnudó su voz bajo la lluvia.

Fractales

GUARDO en una nuez, como amuleto:
dos alas de barro de algún pájaro libre.

Todavía no me habitúo a ser tan sólo mi reflejo,
transfigurarme es un rito en el cristal,
espectral es el incendio del silencio
después de la noche, llega la noche,
hay poca luz y rompe en prismas mi ventana.

El vacío regresa a mí, como un ave.
Llamo a la puerta
¿Estoy fuera? O ¿yo soy el espejo?

Φ

ADRIANA RODRÍGUEZ



(CDMX). Doctora en Literatura Hispánica. Profesora-investigadora en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM) y de asignatura en la Facultad de Filosofía y Letras (UNAM), en áreas de creación y teoría literarias. Autora de los libros de cuento y minificción: *La verdad sobre mis amigos imaginarios* (Terracota, 2009), *De transgresiones y otros viajes* (Samsara, 2012), *Postales (mini-hiper-ficciones)* (Fósforo, 2012), *La sal de los días* (BUAP, 2017), *El infierno de los amantes* (UACM, 2017), *Viajes ilustres* (La tinta del silencio, 2020) y *Si todos somos monstruos...* (Nortestación, 2020).

El lugar más terrorífico

TACUBAYA, mi capital del horror: en esta ciudad de crueldad en la que millones nos disputamos un sitio en el metro o el autobús, donde tememos tanto a policías como a delincuentes, pero convivimos en las cocinas de los mercados y los puestos lamineros, el barrio en que las antiguas casonas, hoy vecindades, se desmoronan. En esta interminable ciudad, el lugar que más miedo me provoca está cerca del lugar donde nací. Sus iglesias me llenaron de un fervor que ya no guardo, mis hermanos asistieron a una de las escuelas atrapadas entre ejes viales, mamá me llevaba al convento en el que hubiera querido profesar.

El temor tal vez comenzó a los diez años. Ahí estaba la nueva escuela. Después de un colegio privado para niñas, alguien sugirió que ahí me podrían adelantar un año, pues mi educación parecía superior a la media. Nada salió como esperaba: no hubo adelanto, niños y niñas fueron crueles, algunos por ser los que obtenía las mejores calificaciones, otros por simple antipatía. Incluso uno por cierto interés pre-romántico. La maestra también me trataba mal, por cierto. A un lado estaba el convento del Niño de la Suerte, un niño Jesús dormido con la cabeza recostada sobre una calavera. Yo iba de vez en cuando a verlo, supongo que buscando consuelo. Supongo que fue mi ánimo decaído lo que me hizo notar que era una figura, sinceramente, horrible, como lo era el ambiente oscuro y espeso de las monjas: el niño no estaba dormido, sino muerto, la calavera era un recordatorio de que todos teníamos el mismo destino, los juguetes evidenciaban la miseria de los devotos y se empolvaban, perdían sus colores chillones; eran también juguetes muertos. Sin embargo, siempre que podía.

El parque Lira y la Feria eran lugares de paseo de sirvientas, desempleados y borrachos. No faltaban las parejas que se acariciaban ni los guardias que los extorsionaban. También lo sufrí. Y en su única biblioteca, un día me tocó llorar, mi novio me abrazó para consolarme y nos corrieron.

Pero era el epicentro de la vida económica de los barrios que llegaron después, como el mío. *En la vida, le vaya como le vaya, tiene que volver a Tacubaya*, dice un refrán local. Un día de Muertos, más bien, una noche de Muertos, salí tarde del trabajo y,

alrededor de las once, aún estaba a poco más de un kilómetro de casa, la distancia que separaba mi casa de Tacubaya. Esperé, inútilmente, un taxi durante un buen rato. En la acera donde esperaba había una puerta de la que salía música estruendosa: la noté porque salieron unos dos o tres jóvenes corriendo. Luego, salieron también dos chicas disfrazadas que pararon una patrulla: acababan de asaltar a los invitados de una fiesta de Halloween. La cara descompuesta de las jóvenes brujas, la del policía que corrió en dirección de donde habían huido los ladrones, me pusieron en marcha: ningún taxi se atrevería a detenerse por ahí.

Las callejuelas que conectan las permanentemente iluminadas calles comerciales son, en contraste, oscuras y solitarias. Si no las conociera como las grietas de mis manos, nunca me atrevería a atravesarlas. Una figura venía en dirección contraria. Era visible que se trataba de un joven con algún entorpecimiento: la ropa demasiado holgada y la mano en la posición clásica para inhalar solvente. Al acercarnos, su cara deslavada de un burdo y cuarteado maquillaje blanco reflejaba los destellos de la escasísima luz y sus ojos eran negras cavernas de desolación. Me dio más miedo que cualquier ser sobrenatural. A lo lejos vi un taxi: adentro había un chofer, aunque el auto estaba apagado. Me apresuré: a lo mejor se compadecía y me llevaba. Abrió la puerta del pasajero una figura menuda. Frené el paso. Era una niña como de unos once años, con los ojos grandes, las pupilas dilatadas. Miraba al vacío y su soledad formaba un hoyo negro que casi toqué, al imaginar por qué el taxi ya se alejaba.

El camino resultaba interminable. La noche, la oscuridad absoluta. Yo quería llorar, pero no podía dejar de caminar, con el paso firme de quien conoce el sitio donde está.

Fray Bernardino de Sahagún da cuenta de que ahí, en Atlaculhuayan o “lugar donde se tuerce el río”, los sacrificios de niños eran innumerables, dedicados a la diosa Cihuacóatl, la mujer serpiente que dio a los mexicas el pedernal con que les enseñó el ritual terrible. Era la diosa que daba pobreza, trabajos, lloros y aflicciones, cuyos lamentos por sus hijos aterrorizaron a Moctezuma. Esa Noche de Muertos, probablemente, paseó por ahí. Y coincidimos.

Correo

LOS JUGUETES se fueron de vacaciones, dijo la mamá a Santi cuando preguntó por ellos. El niño los esperó con ilusión que no pudo superar la llegada de nuevos muñecos: seguro sus viejos amigos le llevarían un regalo de su viaje. Pero los días pasaban, luego su cumpleaños y nada. Su mamá, sin mirarlo de frente, le entregaba postales que los muñecos le enviaban, cada tanto, de países lejanos. Santi creció y consiguió una beca de estudios. Nunca regresó: las causas eran oscuras. Su madre, angustiada, recibía postales de vez en cuando:

Estamos bien. Iremos a Japón, creemos que Oso se fue para allá.

Φ

ALINE RODRÍGUEZ



(CDMX, Xochimilco, 1996) Estudia Creación Literaria en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México en el plantel San Lorenzo Tezonco. Modifica al tiempo con sus versos, manda besos de tradiciones, hace honores a Xochimilco. Tiene dos cuentos publicados en la revista *Tlacuache* que son *La dama del velo huesudo* y *El hilo rojo*. Además, tiene en proceso de publicación el poema *Huehuetzin* en la revista de *Palabrijes: El placer de la lengua* (UACM). También ha publicado tres poemas de manera impresa que son *El colibrí*, *Trastorno de emociones* y *El creador* en la antología del 4to Encuentro Efímero de Poesía de la editorial Pachuk Cartonera; así como también en revistas electrónicas como *Clan Kutral*; arte y actualidad con *Arrullo: Vientecillo de noche* y *Chinelo de pies gloriosos*; Revista *Axolotl Magazine* con su obra creativa: *Axolotl xochimilca*, *Canto a Xochipilli* y *Huitzilín, mensajero de cantos*. Además, ha participado en encuentros literarios para promover la literatura y forma parte el comité editorial de *Axolotl Magazine*. Su trabajo ha sido reconocido por todos aquellos que han leído su obra creativa.

Besos de tradiciones

SOY UN COLIBRÍ pequeño
una flor en la chinampa
un ajolote en el canal:
campesina en tierra florida.
Camino entre besos de tradiciones
vengo de la semilla paternal
cultivada por la dureza del sol
y el rocío de la lluvia en primavera.

Llevo entrelazadas dos trenzas
fruto de las manos maternas
soy hija de un avecilla silvestre
forjadora de poesía en invierno.

Siembro hectáreas de recuerdos
en la voz viva de mi herencia
—mujer de Lucha—
que cambia de hojas en otoño.

Vivo en la cementera de flores
arropada por manos femeninas:
bisabuelas, abuelas, madres, tías,
que en verano

abonan de amor a Xochimilco.

Canto a Xochipilli, dios de Xochimilco

OFRENDO a tus delicados labios

dulce néctar de pulque y maíz
señor de la buena cosecha
abona de fertilidad mi tierra.

Yo, Xochiquetzal
canto en tu nombre
¡Que venga la primavera!

En la trajinera remo días
en la chinampa cuido la siembra
en mi jacal duermo pocas horas
para traerte un ramillete de flores.

Yo, Xochiquetzal
veo la tradición en tu nombre
¡Que venga la fiesta!

Nuestro Xochimilco profesa
plegarias de fina turquesa
desde la planta de los muertos
hasta la barca del niño amarillo.

Yo, Xochiquetzal
invoco al mellizo de flores
¡Xochipilli, ven por mí!

Yo canto

Recibí esmeralda de educación

soy avecilla forjadora de cantos
entre las flores de mi chinampa
y la tierra que se desvanece por mis alas.

Φ

MARCELA ROMN



(CDMX). Estudió la licenciatura en Comunicación Colectiva y Periodismo en la FES Acatlán, UNAM. Tiene tres poemarios (*Momentos azules*, *Tiempo de muerte* y *Luna gris*). Ha participado en varias antologías de cuentos: *Puro Cuento*, *Conciliábulo de Marranos*, *Caída Libre*, por mencionar algunas. Su obra poética ha sido incluida en diversas antologías nacionales e internacionales, presentándose en diversos festivales. Algunos de sus poemas han sido publicados y traducidos en la revista *Samantaral Bhabna* de la India, así como de manera digital. Co-dirigió *Ser y Crecer*, programa por internet de salud emocional. Próximamente saldrá su poemario *Y sin embargo estás...*

Soplo

SINTIÓ EL HÁLITO en su nuca, abrió los ojos, no quiso voltear, el terror la paralizó. Sabía que si él se daba cuenta que estaba despierta la tomaría con violencia como siempre. Su mirada se clavó en una orilla de la ventana. Observó que la luna nueva tenía un tono violeta y un rayito de ella pasaba por la esquina de su espejo fragmentándose e iluminando la estancia tenuemente. El lienzo de las sábanas entre sus piernas era un escudo para evitar ser tocada (o así lo creía). Una mordida en su cuello la hizo estremecer. Cerró los ojos se imaginó corriendo descalza por un sendero lleno de buganvillas, percibía esa humedad y respiraba hondo muy hondo y seguía ese camino púrpura con los brazos extendidos, quería alcanzar el cielo. Las manos lascivas de ese hombre estrujaban su cuerpo. Le apretó los senos con fuerza, entonces ella abrió sus grandes ojos color marrón y volteó: estaba sola. De pronto las sábanas color marfil comenzaron a cambiar a un tono escarlata y pasaron a gris. De sus manos caía un cuchillo filetero lleno de sangre y la estancia comenzó a ponerse azul. Escuchó caer la lluvia, miró hacia la ventana buscando la luna y sus ojos comenzaron a diluviar, un trueno la hizo despertar como siempre en su fría celda.

Un día especial

HOY ES un día muy especial, no es mi cumpleaños, tampoco mi santo ni el fin de cursos, simplemente me hicieron un desayuno. Aunque el lunes peleé con mamá no tiene importancia, sólo tuve una contusión en mi ojo derecho. La hice enojar. Pero hoy está alegre, sonrío conmigo y es primavera.

El martes planché la ropa de papá, quemé el pantalón no sé cómo sucedió. Madre enfadó, pero después me curó la quemada que ocasionó en mi pierna... Me abrazó.

Ese miércoles, al hacer la comida agregué azúcar y no sal a la sopa, confundí los frascos. ¿Por qué no la probé? Mi madre

encolerizó a tal grado que perdí un diente. No importa, se tranquilizó, apretó mi mejilla tiernamente dándome un hielito.

Antier reñí con mi hermana mayor: robó mi cuaderno donde escribo mis pensamientos, las cosas que siento cada día. No es un diario, se me hacen cursis. Se burló de mí y le apreté los pechos. Mamá me reprendió. Toda la noche estuve sin dormir por el dolor de mi brazo derecho, lloré y lloré hasta gritar. Papá llegó, supo de “mi caída”, inmediatamente fuimos al hospital: me enyesaron.

Ayer estuve enferma vomité todo el día. No sé qué pasó, mi madre preparó un té para desinflamar mi brazo, era amargo, mi estómago se revolvió y gruñía como de monstruo. Aun así estuve feliz: Ella se aproximó diciéndome *Duerme amor, veras que mañana estarás como nueva con este tecito*. Besó mi frente y me llevó a la cama en brazos. Peinó mi cabello; era la primera vez que mamá me hacía una caricia. Lloré de alegría. ¡Por fin me quería como su hija!

Quedé profundamente dormida.

Hoy, ya estoy mejor. Nada duele. Soy una niña valiente de nueve años. Ella ha hecho un banquete para mí sola. Percibo el olor de los tamales y el café con canela. Limpió toda la casa y la llenó de flores blancas: nardos, los favoritos de mi abuela ¡qué aroma! También ha sacado sus tacitas de talavera que tanto cuida y las pequeñas cucharitas de acero.

Todos están contentos por mi desayuno, excepto papá. Nunca estaba en casa los sábados. Llegó en la madrugada y no se ha ido. Su mirada triste está acompañada de lágrimas, lo sé... a él no le agrada mi funeral.

Φ

NORMA SALAZAR



(CDMX). Doctora en Letras, poeta, cuentista y ensayista, Investigadora literaria. Colabora en las revistas *DesOcupado*, *Siempre!*, *Lectambulos online* y el diario *Opinión de Yucatán* con una columna *Radiografías*. Coordinó las investigaciones: Archivo póstumo Lusitano de Francisco Cervantes, Diccionario crítico literario en las letras mexicanas del siglo XIX dirigido por Emmanuel Carballo (México, Océano/CNCA, 2000). Tiene publicado: *Introspecciones* (Ediciones Ave Azul, 2021), *Cariátides Mudas* (Grupo Generación Espontánea, 2009), *Cuadro al Óleo* (ediciones ST, 2005) y *Cantos Lejanos* (colección La Hoja Murmurante, 1999). Participó en los Homenajes a Raúl Renán (2008) y José Emilio Pacheco (2009), bajo la Coordinación de Julio Ramírez. Ha participado en eventos académicos nacionales e internacionales. Su poesía ha sido traducida al árabe, inglés y está incluida en antologías como: *Pájaro de fuego* (México, Editorial Praxis/Navachiste Ediciones, 2000), *Alhucema* (España, Asociación Cultural Alhaja/Ediciones Adhara, No 5, 2000), *Anuario de la Revista Baquiana* (Miami, Estados Unidos, 2007), *En el centenario del natalicio de Simone de Beauvoir* (Jalisco, Guadalajara, Literalia Editores 2008), entre otras. Participó como coordinadora de edición en el libro-homenaje a Raúl Renán *80 veces su mundo –poesía, vida y obra* (Oaxaca, Cantera Verde/Jalisco, Guadalajara, Secretaría de Cultura/Mérida, Yucatán, Ayuntamiento, 2008).

Catarsis ciudadano

¡COMO ZUMBAN las tempranas voces ciudadinas en mis oídos!
aires portentosos me saludan.

Abro ventanales para respirar los vientos agridulces,
mis ojos observan imperceptibles rayos luminosos.

Respiro *un humus* azaroso con mosaicos vivaces.

Transito insegura por las calles,
resuenan mis pisadas pretéritas,

mis pasos no sienten protección en estas avenidas de asfalto.

Ella, la Ciudad de México está moribunda,

vetustas fortalezas y transeúntes disimiles se convierten en polvo.

¡Oh el clamor! alarido cotidiano,

la antigua ciudad de Tenochtitlán,

anhela sosiego y noches vivas que custodiar.

II

Mi ciudad de magnánimos palacios,
enraizada entre sus desolaciones.

**Se mantiene de PIE
con las mismas piedras.**

¡Este andar trashumante! una historia discordante,
ufano hablar ha vivido la gran metrópoli.

Existió un antes, no terminan por llegar los después

va construyéndose los adormecidos silencios,

llegarán nuevamente bríos de hordas,

tardará el justo descanso en ésta gran ciudad.

Φ

GILDA SALINAS



Ama escribir. Sabe que la literatura es celosa y que no acepta ser relegada ni comparte créditos con otra disciplina artística. Está dispuesta a pagar el precio y a darle todo el tiempo que exige. Así que deja fluir la imaginación, planea y arma esas historias y esas biografías, muchas veces de mujeres trascendentes, que se han ido quedando relegadas en un rincón de otro siglo, de otro país. Es buena narradora y lectora; es feminista, solidaria, workohólica y obsesiva. Es la única narradora viva mexicana que escribe novelas lesbianas. Ha sido editada por Alfaguara, Mondadori, Diana, Planeta, Del Pensativo y Trópico de Escorpio. Tiene 20 años impartiendo talleres de narrativa y a veces, cuando se da la coyuntura, también de dramaturgia. Este es el resumen de 30 años de compromiso con las letras, compromiso que agradece al universo porque si volviera a nacer, haría exactamente lo mismo.

Ojalá

ENTONCES el pastel tomó sabor de despedida, quizá de comienzo, de paréntesis; o peor aún, tantito de todo ¿cómo saberlo? De lo que sí estoy segura es de que el chocolate me supo distinto, se me amontonó toda la noche, desde que abrí la puerta y encontré su sonrisa de cielo provinciano y acepté su invitación al bar de Durcy; precisamente a ese, que me entreteje melodías con tiempos idos... como si ella lo supiera; y paladeamos quién sabe cuántas canciones y copas hasta que nos trajeron la cuenta y las buenas noches.

Luego a rematar en el Vips por un par de horas, a quemarnos la boca con el café amargo, a mitigar los efectos del alcohol que habíamos ingerido con satisfacción y vehemencia un poco antes.

Bebía café y, embobada, la miraba hablar quién sabe qué cosa, conversación como mosca zumbona que me llegaba a alguna parte del cerebro produciéndome un letargo delicioso; su cara trasnochada, las ojeras asomando al día pálido y sus ojos desvergonzados prendidos a mi pecho, sacudiéndome la libido, revolviéndome el vientre; imaginé sus labios explorando mi cuello y mi boca.

Salimos de ahí y pensé que iríamos derecho a mi casa, pero no *Te tengo una sorpresa*, dijo, me llevó al Parque México, sacó de la cajuela un envoltorio, me tomó de la mano y toreando perros y gimnastas madrugadores me condujo hasta una banca que me heló las nalgas.

—*¡Feliz cumpleaños! No traje cubiertos, pero tenemos manos ¿no?*

Veía su boca embarrada de betún de chocolate, seguramente igual que mis mejillas, y sentía unas como ráfagas entrando a mi cuerpo, se me olvidó el frío, tuve ganas de reír a carcajadas, de llevarme a la galana a la cama y amarla como loca, comerle el merengue de la cara, del cuerpo, del sexo y dormir pegada a ella por el resto del día.

Las noches son mágicas, se promete, se sueña, se hacen crucigramas en el oído de la acompañante... pero sale el sol y deslava el encanto. Ella quería hacer de los sueños planes

inmediatos: mañana esto, en el transcurso de la semana tú así y yo tal, para que a fines del mes esto y lo otro. Entonces fue que el pastel se me hizo trapo en la boca y el chocolate me provocó náuseas.

Odié las opciones: juntas o separadas, por un rato o para siempre, y odié la respuesta cuando escuché mi voz tan ajena.

—*No quiero compromisos, ni contigo ni con nadie, en este momento no estoy preparada, me encantas, la paso padre, pero prefiero seguir viviendo sola*— se le atragantó el bocado y su mirada se hizo vidriosa.

Caminamos como tumbas de regreso al coche y a mi casa; se despidió en la puerta, un adiós de ya no nos vamos a ver porque así no me interesa, mejor hasta aquí la dejamos. Y yo: *Claro, te entiendo*, con cara compungida y por dentro deseosa de terminar con la tensión, pensando en el cutis que traería, el rimel corrido, el olor a chofer; discurriendo llamar a fulana o mengano para comer.

Se fue y yo sigo aferrada al picaporte juntando los pedazos de noche, con los párpados apretados para que no se escapen las lágrimas, asiéndome de mil razones para sentirme optimista.

Ojalá vuelva... ojalá.

La montaña

SE LEVANTA como picada por una avispa de hartazgo y lo increpa:

—*¿Qué sabes tú de mis nostalgias musicales? “tequila con limón y un poco de ron” o “voy a recorrer... el mundo para olvidar... laralá”, es más, qué sabes tú de algo baboso imberbe, mientras pedía chichi yo estaba viviendo mi primer romance de tardeada rocanrolera.*

Él, sentado en la cama, abre los ojos y no encuentra la respuesta adecuada.

—*Ya me cansé de hacer la de tu mami, ¿me crees?*— grita, y con la decisión de quién va al baño se dirige al clóset para descolgar camisas y pantalones.

—*¿Pues qué hice?*— balbucea el joven calculando si será mejor calmarla o recoger la ropa que ella amontona a sus pies.

—*Qué hice... te platico hasta dónde llegaba la calle de Petén y te vale, te hago una sinopsis de las películas de Orol y te quedas dormido, explicó la estructura de la glorieta del Riviera, donde tomaba el gris para ir a mis clases de piano, y me preguntas que qué es eso. Un camión, por supuesto, babas. Pero el colmo, la gota que derramó la olla es que ignores quién cantaba ‘La montaña’, esa, ‘El telegrama’, ‘La tómbola’, varios elepés y tú como extranjero, como si acabaras de llegar. Por última vez: ¿quién cantaba ‘La montaña?’.*

Y él en el desconcierto, mudo a punto de soltar la carcajada con cien respuestas absurdas, pero ingeniosas, observando las camisetas apilarse en un montón.

—*¿Lo ves? Somos dos generaciones, pero se acabó*— concluye la mujer y en un abrazo toma un cerro de la ropa para lanzarla por la ventana. Varias camisas planean, los pantalones caen rectos, algunas camisetas se atorán en los cables. Él da tres zancadas para saber el destino de las prendas. Por sobre su cabeza brincan los calcetines.

—*Espérate, güera, no, no, no la tires, espérate ¿qué traes? No jodas. ¡Hey, señor, échale un ojito, es mía, ahorita bajo! Oye, Gorda, ya párale, hombre. ¡Oiga, le digo que es mía, no chingue! Güera noooo ¡no!*

Se pone el pantalón malabareando y sale descalzo. La puerta se cierra tras él con la amenaza implícita del “pero se acabó”. Se preocupa unos instantes y luego su ingenio le palmea la confianza: “Recojo los trapos y le hablo a mi mamá del teléfono de la esquina, segurísimo sabe quién cantaba la pinche montaña”.

ADRIANA TAFOYA



(CDMX, 1974). Poeta y Editora. Ha publicado varios libros de poesía, entre ellos: *Animales Seniles* (2005), *Enroque de flanco indistinto* (2006) - poemario sobre ajedrez que le valió jugar contra Garry Kasparov en las simultaneas para celebridades en "La Gran fiesta Internacional del Ajedrez 2010"-, *Sangrías* (2008) y *Los cantos de la ternura* (2013). Poemas suyos aparecen en *Antología General de la Poesía Mexicana*, poesía del México actual, de la segunda mitad del Siglo XX a nuestros días (Océano/Sanborns, 2014).

Foto: Marconio Vázquez

Poema en tres cantos

12-39-14 (Maternar)

A LA ORILLA del huerto de peras
hay una niña que dibuja a su madre.

Ella crece con la luna
y la luna crece cuando el agua
llega al cuello.

La niña Cranea forma un círculo
una rueda de la fortuna
y sentada en lo alto su nueva madre.

Los trazos de su palma
la ven surgir
en dispersas imágenes
a Ella; la que se esconde tras un árbol
la eléctrica, la mecánica, la nuclear.
Ella; la que oculta los animales que están por aparecer.
Madre de lo no nacido.

(2)

La Cranea niña, bajo los perales
piensa una nueva madre para todos;
que renazca una y otra vez
y mil y mil veces,
a través de sus hijas e hijos

versiones de lo que Ella no es;
la dama con pesuñas
la arquitecta, la hidráulica, la arteria radial.

(3)

Cranea necesita
que una madre naciente la abrase
de cuervos blancos
que juegue con ella por escenarios azulinos
que no la sacrifique por ningún padre
que no ignore que hay diferencia
entre criar y crear.

La pequeña junto a las peras
delinea una inédita madre
vislumbra
que el brillo de la perla
depende de la espuma que la baña
porque solo existe lo que es nombrado.

*Poema del libro *Huevo moteado; transmutar los seres*,
Ultramarina/Campo Literario, 2021.

Φ



Ediciones Ave Azul es un proyecto que cree en la libertad de expresión como parte fundamental de la experiencia humana y el arte, y que busca ser un espacio para la divulgación de la literatura, la ciencia y el pensamiento humano. De esta manera, se promueve el diálogo entre los artistas y la sociedad para completar el círculo de la comunicación. Los autores mantienen todos los derechos sobre su obra, y esta plataforma es sólo un medio para su divulgación.

Si te gusta nuestro trabajo, puedes encontrarnos en nuestra página web, en Amazon y otras plataformas semejantes, además de las redes sociales de nuestros autores. Algunos de nuestros proyectos pueden ser gratuitos y otros tener un costo de recuperación para compensar a los autores y que puedan generar un medio de vida digno que les permita seguir generando contenido nuevo. También puedes contactarnos para conocer mejor estas propuestas y saber de qué otra forma puedes apoyar.

Si te agrada lo que estamos haciendo, apóyanos con la difusión de la Editorial.

Muchas gracias

Fb: Ediciones Ave Azul

www.aveazul.com.mx